

(de la palabra a la escena)

BECAS DE DRAMATURGIA TEATRAL //2015



Ministra de Cultura
Viceministra de Cultura
Secretario General
Directora de Artes

Mariana Garcés Córdoba
Zulia Mena García
Enzo Rafael Ariza Ayala
Guiomar Acevedo Gómez

Asesora Área de Teatro y Circo

Linna Paola Duque Fonseca

Equipo Área de Teatro y Circo

Clemencia Noreña Montoya
Diana Marcela Castellanos Pérez
Liliana Pamplona Romero
Marcela Isabel Trujillo Quintero

Coordinación Editorial

Liliana Pamplona Romero

Primera edición, 2015
Bogotá D.C, Colombia

ISSN:

© Ministerio de Cultura de Colombia
Dirección de Artes
Área de Teatro y Circo

Programa Nacional de Estímulos

© Genny Cuervo
© Carolina Vivas Ferreira
© Manuel Arias Casas

Fotografías:

Archivo de autores

Edición y diseño editorial:
Corrección de estilo:
Impresión y acabados

Alejandro Grisales Valencia
Alex B. García
Imprenta Nacional de Colombia

Derechos reservados. Material impreso de distribución gratuita con fines didácticos y culturales. Queda estrictamente prohibida su reproducción total o parcial con ánimo de lucro, por cualquier sistema o método electrónico sin la autorización expresa para ello.

(de la palabra a la escena)

BECAS DE DRAMATURGIA TEATRAL //2015



- CONTENIDO -

(11) **Manteca de muerto**

Genny Cuervo

(53) **Rumor**

Carolina Vivas Ferreira

(91) **Una cara vagamente familiar**

Manuel Arias Casas

— Presentación —

Mariana Garcés Córdoba

Ministra de Cultura

La publicación de “De la Palabra a la Escena” es el resultado de la apuesta del Ministerio de Cultura por promover la investigación, innovación, creación y visibilidad de la dramaturgia nacional.

En la presente edición, se compilan los textos de tres autores colombianos ganadores de las Becas de Dramaturgia Teatral del Programa Nacional de Estímulos 2015, que a partir de sus múltiples miradas hacen un registro histórico de nuestro contexto y enriquecen la escena colombiana.

Además de hacer un reconocimiento a la obra de Genny Cuervo, Carolina Vivas Ferreira y Manuel Arias Casas, uno de los propósitos fundamentales de esta línea editorial del área del teatro y circo es difundir el legado de los autores colombianos, esperando así que se vea reflejado en la apropiación de otros artistas, directores, dramaturgos nacionales e internacionales para futuras producciones teatrales.

Es satisfactorio presentar a los lectores la historia de los personajes que aquí cobran vida y nos transportan a diferentes territorios, nos despiertan diversas emociones y engrandecen la dramaturgia colombiana. Este es un terreno abonado en el que esperamos muchos otros autores se motiven. Por ello, el compromiso será continuar estimulando el trabajo de nuestros dramaturgos en pro del fortalecimiento de la memoria escénica e histórica del país.

MANTECA

Genny Cuervo



- GENNY CUERVO -

Licenciada en Arte Dramático de la Universidad del Valle. Magíster en Dramaturgia de la Universidad de las Artes (UNA) de Buenos Aires, Argentina. Desde el año 2004 es directora del laboratorio creativo LABORACTORES, donde investiga la puesta en escena y desarrollo creativo de sus propuestas dramáticas. Lidera el proyecto LEEE Laboratorio Escuela de Escritura Escénica, donde impulsa la práctica y reflexión en torno a la escritura escénica en la ciudad. Lidera el espacio EL BAILADERO, creado con el fin de posibilitar la despolitización del cuerpo y el empoderamiento espiritual de nuestro ser a través de la danza.

Ha representado a participado en importantes festivales de teatro a nivel nacional e internacional. Su trabajo ha sido reconocido y apoyado con la Beca de Estudios del IUNA, Argentina, para sus estudios de maestría, la Beca Iberescena para Dramaturgia en Residencia 2014, la Beca de Dramaturgia 2013 y la Beca-Pasantía Teatral Internacional 2014, del Ministerio de Cultura de Colombia y la beca de creación teatral de la Secretaría de Cultura y Turismo de Cali, Beca de dramaturgia 2015. Es docente de la Licenciatura en Arte Teatral del Instituto Departamental de Bellas Artes.



Manteca de muerto

Genny Cuervo

LOS PIES / Buenaventura

Coordenadas: 3°52'38" N - 77°01'36" O

Superficie: 6078 km²

Altitud: 7 msnm

Arriba, Candela.

Pies de andariega.

De una niña,
pequeña.

Candela, 13 años.
Grandecita para su edad.

De un hueco del país / un hueco lleno
de oro,
lleno de oro y de gente que estorba.

Candela nació con dientes.

Nació con santo.

- ¿Cuánto pagaría por mí? No sé cuánto le

Este espacio acoge dos mundos. Arriba, uno visible y conocido. Abajo, la selva, tejido de raíces, muertos y santos.

A los tres días, le puse su contra. Bien amarrada al tobillo la pulsera roja con la cruz de madera de chachajo. Curada por nueve días. Pa' que espante los espíritus come niños. Pa' que no le entre el mal de ojo. Pa' que asuste a los fantasmas busca cuerpos. Pa' que este cuerpo se consagre a la señora del río y la selva.

Repitan conmigo:

Ángel custodio, bendita tu guarda,
aleja la magia negra
de mi familia y mi alma,
magia negra me envían,
invocando al dios negro,
magia negra devuelvo
a Lucifer de los Infiernos,
magia negra que no caiga del
techo,
magia negra que no brote del
suelo,
así, arriba y abajo
siempre me guarden,
los ángeles del cielo.
Amén.

pagaron a la perra. Me vendió desde la cárcel.

Casa familiar. Paredes húmedas de una ciudad salada.

- Pa' onde vamos no necesita ropa, mi amor.
- ¿Y pa' ónde vamos?
- Pa' lejos.
- ¿Puedo llevar mis santos?
- Aquí sirven más.
- No puedo andar sin ellos.
- Déjelos aquí. De ahora en adelante, la vamos a cuidar nosotros.
- Ellos se enojan si los deajo.
- Por allá se le quiebran.
- ¿Y pa' dónde es que voy?
- A ganarse sus pesitos, mi amor. Pa' que se compre lo que quiera. Unos santos bien grandes...
- ¿De empleada?
- Allá le explican...
- Tengo que llevarme a Santa Marta dominadora.
- Uich... ¿Eso es una santa?
- Y muy poderosa, la dominadora, dueña...
- Empáquela, pues, pero no la esté sacando por ahí, que me asusta la clientela.
- No diga nada delante de ella, porque la santa es vengativa.
- Yo no le tengo miedo a esos yesos.
- Tío, dígale a la perra que desde hoy no existo pa' ella.
- No le diga así a su mamá...
- A mí me parió una perra sin leche. Yo soy hija de mi abuela.
- ¿Lista, mi amor? Hay que recoger a más compañeritas.
- Tío, cuando vuelva mi abuelita, dígale con quién me fui. Dígale que me busque.
- Sí, Candela, yo le digo. Yo le digo que la busque. Me va a hacer falta. No me guarde odio, mami. No me odie... Perdóneme, perdóneme. ¿Sí?

- Sí, tío, tranquilo. Usted no tiene la culpa.

Apretando a la santa y cantando bajito me trago la rabia.
Era el mismito diablo el que me metió selva adentro.

- Yo me conozco estos montes.

- Yo también.

Huela. La nariz nos dice todo. Satanás se anda esta selva... Este no es el mismo monte que caminaba con mi abuela, no huele igual. Son caminos nuevos, hechos por los diablos pa' robarse el oro.

Costumbres de familia. La niña está dormida. *El tío se acuesta a su lado.* Ella se hace la muerta. *El hombre quita las cobijas.* Acaricia, busca, se abre espacio entre los calzones. Florecitas rojas con azul. Humedece los dedos. Toca la piel suave. *Pega su rostro contra la almohada.* La suavidad lo excita. Mueve su mano. *La muerta gime. Mano del hombre en su boca de niña.* Estorban los calzones. *Se deshace de ellos.* Guía la mano dentro de sus pantalones. Movimientos estudiados para liberar su pene. *Ojos cerrados.* Pequeña mano alrededor del falo. *Hombre que gime. Pega su rostro sobre la almohada. Respiraciones agitadas. Niña y hombre agitados.* La niña conoce las posiciones. Facilita el paso. Penetración dificultosa. Apretada. Dolorosa. *La muerta muerde sus cobijas. El hombre acelera los movimientos. Precoz. Rostro clavado en la almohada. Cuerpo dolorido. Tío en retirada. Niña que vuelve a su sueño.*

- Nos vamos de paseo.

Subieron a dos nuevas.

Se les ve en los ojos que no saben...

Así nos subimos todas.

Perdidas.

- Súbanse atrás y duerman.

Montaron a tres nuevas.
de Medellín.
de Buenaventura.
de un pueblito sin nombre.
A una la vendió la madre...

Llevo quince días por acá,
y siento como si fueran años.

Se cambia, se envejece...
A millón.
Como si alguien nos acelerara la vida,
y nos tocara correr detrás de ella.

En un fin de semana,
pasan más hombres sobre nosotras
que los que conoció mi abuelita.

Cinco...

Veinte...

Treinta y cinco en una noche...

En el cerro Care Perro.

Care Perro.

Sin llorar.

Aquí las lágrimas son maquillaje perdido.

Se acostumbra. O aprende a morir
por raticos.

Costumbres de familia. Es una casa estrecha. Abuelos, tíos, primas, niños y niños. Mezcla de olores. Sopa de insultos. La familia no descansa. Peleas

Métales borrachero blanco debajo de la almohada. Varias hojas pa' que se les voltee la razón.
- ¿Y dónde lo consigo? No nos dejan salir. ¿Ya está cerca?
- Voy... por acá. No deje de soñarme...
- Aquí nadie duerme de noche.
- A la hora que duerma, no deje de soñarme. ¿Está tomando la raspadura?
- Eso por acá no lo veo.
- Bañitos de caléndula. Y bien pegada a la Santa.
- No me dejan tocar una yerba. Me tienen miedo.
- No olvide nada...
- Yo no olvido. Pero los cantos sí me están olvidando a mí.
- Yo llego donde usted está.
- Pero llegue rápido...
- Voy tan rápido como me dan las patas y eso que tengo a varios muertos empujándome.

del desayuno a la comida. Golpes, *platos que vuelan. Mujeres que vuelan. Sangre. Rabia guardada en el armario.* Es una familia estrecha. Lo que no sirve se vende. Equilibrio de la canasta familiar. Vender antes de que se marchite. La niña que salió bonita. Equilibrio de la canasta familiar. La madre la vende desde la cárcel. ¿Cuánto susto puede fumarse con doscientos mil pesos?

Ya somos quince.
Quince gallinas para cientos de gallos.
Camas de tablas y techos de latas.
En el gallinero...o en el socavón.
Cuando el minero no tiene salida,
nosotras tenemos que enterrarnos detrás de ellos.
Y las mujeres en la mina son de mal agüero.
La tierra se las traga.

¿Jugaste con muñecas? Me pones el vestido, me lo quitas, me ensucias, me bañas. ¿Jugaste con muñecas? Flexibles, fáciles de manejar. No crecemos.

¿Nosotras?
Nosotras vamos de paseo.
No se imagine porquerías.
Sancochito en leña...
Nadadita en el Dagua...
No. Sáquese esas ideas de la cabeza.
Llevamos permiso de los papás.
Es un paseo del colegio.
Somos la Legión de María.
Bañaditas por el río.
Y de vuelta a la casita.

Virgen de la anunciación: el Señor te ha escogido. Hágase en ti según su voluntad.

Durante siete días *sobarse el huevo por todo el cuerpo*. Pero aquí no hay vela que alumbre. Este monte tiene sus propios santos y yo no sé hablar con ellos. Sin la compañía de mis espíritus, el huevo no es más que un huevo.

Un día soñé que me quitaban las piernas y las colgaban con la ropa mojada. Yo trataba de alcanzarlas, pero solo lograba agarrar *una sábana grande, que me caía encima* y empezaba a ahogarme. Cuando me desperté, *tenía la sábana enredada al cuello y me estaba ahorcando de verdad*.

Cuando uno se enferma o cae en desgracia. Lo más seguro es que algún espíritu la está montando. Si usted quiere saber si está montada por mal espíritu, tiene que sobarse un huevo de gallina bien blanquito. Sobárselo por todo el cuerpo... Bien sobado por todas partes. Y verá cómo, a medida que usted soba, el huevo blanquito se empieza a poner oscuro, hasta que termina negro. Porque ha chupado el maleficio. Claro que el huevo cura con las oraciones y el santo que tenemos las remedieras. Porque un huevo solo... mejor lo guarda pal' desayuno.

Todavía ruge el río.

Este río era un monstruo.

El Dagua gritaba y...

Mi mamá me amenazaba con tirarme al río,
y yo le hacía caso ahí mismito.

Se lo chupó la mina...

Y pa' los nuevos ricos, lo que necesiten:

Ropa/comida/felicidad

Pueblo nuevo - Putas nuevas

Mejo cobrando que gratis.

Los pies: Barbacoas, Timbiquí, Buenaventura, Lloró, Cerro Care Perro. Chocó. Grietas. Voy a sembrar una platanera en mi dedo gordo. Tengo un hueco profundo. Grietas de tantos caminos. Cuando vi el hueso blanco, me asusté. ¿Qué maldición tendré que me estoy volviendo blanca por dentro?

RODILLAS / Barbacoas

Nariño, Sur de Colombia

Coordenadas: 1°40'18" N - 78°08'16" O

Población total: 37 851 habitantes

Cuarto de madera. Humedad cocinada entre el agua y el calor del trópico mortal.

- Se ve clarito.
- No veo nada.
- ¿Sí ve esta figurita de mujer? Y vea, la están abrazando. Un hombre. Y bien grande.
- ¿Ta' segura?
- Verídico. Yo leo el pucho desde los ocho años. A mí me buscaban desde...
- ¿Y cómo sabés que es ella?
- Porque el tabaco está rezado pa' ella y pa' vos. Y aquí estás vos, mirá, bien lejos de ella, en plena selva. Está clarito. No me mirés así que yo te advertí que a veces es mejor no ver. Pero, si me traes las plantas que necesito, yo te desespero esa hembra pa' que aquí mismo te venga a buscar.
- Dejá tus cuentos. Aterrízala. Poné lo pies en la tierra.
- ¿Y no ves que aquí los tengo? Y bien sembrados. Si me dejás salir, yo consigo lo que necesito y te puedo hacer dueño de este negocio. Al José me lo rezo pa' que caiga en desgracia. O te lo dejo amarrado pa' que te sirva en lo que querás, como un muerto a tu servicio. Déjame salir y verás.
- Vos sabés que con el José no se mete nadie.

Santa Marta dominadora.
Velas para sus santos. Hojas de amansa guapo, cáscara de maíz, los calzones y un pedazo de pelo de la persona que se quiera amarrar.

Con un hilo del color del santo que esté ayudando, se ata el pelo de los enamorados. Se les hace un nudo bien cerrado. Y queda tan poderoso, que no los suelta de ni la virgen desatanudos. Salve La Morocha.

- Todo eso lo he hecho diez mil veces con mi abuela. Vos nos sabés el poder de mis yerbas.

- Por eso tanta bostezadora en el teléfono. Se dormía cuando la llamaba.

- No, no te pongas así. Yo he amarrado, amansado y controlado a más de una. No llores, no llores que me haces llorar a mí. Conseguime las plantas y yo te hago ese trabajo.

- Si yo estuviera con ella, sería otra cosa. Todo el tiempo metido en el monte... Si la mona me deja, yo... No. Yo a esa hembra no la puedo perder... Me voy a ir a buscarla.

- No tenés que irte. Si hacemos lo que digo, en menos de una semana te la traigo hasta aquí...

- Yo en esas cosas no creo, Candela. Vos lo que querés es volarte.

- ¿Volarme pa' ónde? Yo lo que quiero son mis yerbas. Por acá se consiguen santos muy poderosos. Llevo meses sin tocar mis plantas. Me estoy secando. Vos no entendés de lo que te hablo.

- Yo me voy por mi hembra...

- Bueno, hacé lo que querás. Pero esa mujer se va a ir, y después no me rogués pa' que te la haga volver. Él que no cree una vez, ya no puede creer. Así son las cosas con esto...

- Yo no creo en tus cuentos de mierda. Usa tu magia pa' salirte de acá, pues. ¿Qué hace una bruja haciendo de puta?

- No creés. No creés. Pero si te ponés a llorar por lo que te muestra el cigarrillo. ¿No? Vos sabés lo que yo soy, vos sabés, todos aquí saben.

- Yo no puedo dejarla salir, Candela. A mí tampoco me gusta esto. Pero yo estoy trabajando y no me hago matar por nadie. Cuando menos piense, me deja de ver por acá. *(Sale)*

- Santa Marta dominadora, virgen de las mujeres que te buscan debajo de las piedras. No lo dejes en silla sentar, ni en cama acostar. Que no conozcan descanso y caminen hacia la muerte. ¿Me estás

escuchando, Santa? Canta duro pa' que yo sepa que estás ahí.
Cantame duro que desde hace rato no escucho nada.

¿Ha paseado por Nariño?

¿Por Barbacoas?

Bien bonito.

Veinte.

Diez.

Quince hombres en una noche.

Borrachos.

Felices.

De madrugada.

Otro.

Con la cabeza caliente.

No se contenta con sexo.

Habla con Dios.

Grita.

Maldice.

Furia en los ojos.

De rodillas.

Grita.

- De rodillas.

Magdalena.

¿Conoces la Biblia?

¿Escuchas a Dios?

Me pide que te corrija.

Que te castigue.

Que te enderece el camino.

De rodillas.

Hija de la gran ramera.

Arañazos.

Tierra en las uñas.

Apretones.

Moretones en el cuello.

¿Has jugado con muñecas?

- De rodillas

La culpa es de la tentación.

No del tentado.

De rodillas en las piedras.

*Sangrar / Pagar con sangre,
el pecado del santo.*

Arañazos.

Tierra en las uñas.

Apretones.

Moretones en el rostro.

Dios está mirando.

- La culpa es de la tentación.

- Mis rodillas.

¿Dios está mirando?

Pagar con sangre.

Lavar sus pies con mi cabello.

Rodillas en el suelo.

Arrastrada por las piedras.

Rodillas en carne viva.

¿Jugaste a las muñecas?

Lanzarla por los aires.

Olvidarla en la lluvia.

Enterrarla en el patio.

Arrancarle la cabeza.

- Manteca de muerto. Pa' que la piel vuelva a ser como antes. La manteca de los muertos le desaparece las cicatrices. ¿Se acuerda toda la noche esperando en la morgue? Entre más fresco el muerto, más poderosa la grasa. Algo bueno teníamos que sacar de tanto cadáver.
- Y por acá, ¿dónde me consigo un muerto? Si tuviera mis yerbas, yo misma mataría a alguno.

Barbacoas.
¿Conoce?
Bien bonito.
Huecos en las rodillas.
Domingo de madrugada.

Lanzarla por los aires.
Olvidarla en la lluvia.
Enterrarla en el patio.
Arrancarle la cabeza.

Y me duele todito el cuerpo y me duele más adentro, en un lugar que no sé cómo se llama. Un lugar que da vueltas y veo negro. Un lugar donde recojo palabras y dolores.

Tengo su pelo en mis uñas.
Pero ya no tengo cantos.
Mi santa es un yeso vacío.
Conocí al niño caballo.

Para embobar y anular la voluntad de la persona, se une adormidera con caraguá, pelos que nacen sobre la frente o la nuca y las axilas de la persona que se desee castigar. Todo se hace polvo y se le da a beber en café o chocolate. Cuidado de no mezclarle canela.

- Mi abuelita no me dejaba fumar. Las *remedieras* solo fumamos pa' curar.
- Mi mamá me cuidaba.
- ¿Qué le hace?
- ¿Mi mamá?
- Eso.
- Me hace apretar el culo.
- Bobo.
- Verdad. Cuando uno está feliz, aprieta el culo... ríase. Ríase pa' que vea. Ríase. ¿Vio?
- Me duele todo por acá...
- Si va a fumar, fume de primera que

después no voy a querer darle. Esto le hace olvidar esos golpes y este moridero.

- ¿Para siempre?

- Por un ratico. Pero un ratico más otro ratico pueden hacer un "para siempre". Aspire poquito.

- Uich.

- Shhh. Donde el José me pille dándole *mecaticos*... me pica.

- Me ardió la garganta.

- Métase otro, pero no *garulle* tanto... el resto me lo soplo solo.

- No quiero más.

- Eso dice ahora... Siempre va a querer más.

- Ya estoy apretando el culo.

- Vio.

Otro plon.

Profundo.

Directo a los huesos.

Todo lo curan las plantas.

El humo es un regalo de los santos.

¿Escucha?

- Profundo.

Cierre los ojos.

Vaya donde quiera.

Súbase al árbol más alto,

y salte.

Puede caer y rebotar.

Subir.

Quedarse arriba.

Aspire de nuevo.

Susto santo Susto.

¿Para qué quiere volver?

¿Has jugado a las muñecas?

Solo una sonrisa.

Sin hambre.

Sin dolor.

Sin miedo.

Respiro.

Floto.

Voy y vuelvo.

Voy y vuelvo por más.

Otro ratico.

Un para siempre.

Estoy bajo la tierra.

Abrazo a mi abuelita.

No hay nadie dentro de mí.

No tengo cuerpo.

No tengo piel.

No hay rodillas.

No hay moretones.

No hay boca.

- ¿Qué huele así?
- Palo bomba, con siete cabezas y traveseras.
- ¿Para algún perdido?
- Para una niña.
- Deje de hacer eso y venga por mí.
- Estoy cerca.
- La veo clarita.
- ¿Me huele?
- Tengo un nuevo santo.
- Tómese un poquito de esto.
- ¿De qué?
- De esto.
- No tiene nada.
- ¿No lo está viendo?
- Solo veo la mano.
- No se deje embobar.
- Venga rápido.
- ¿No va a tomar?
- No hay nada...

Tuve un sueño:

- Hasta hora no se reciben clientes.

- Soy Jesús.

- Jesús no es negro.

- ¿Me das un plon?

- Un poquito.

- Me hace apretar el culo.

- ¿Usted tiene culo? ¿No es un cuerpo glorioso?

- No hay nada más glorioso que el culo.

(Jesús lame mis rodillas). ¿Duele?

- No me duele. Me excita la lengua de Jesús.

- Tengo algo más suave. (*Prepara su aparato*).
- ¿Por las rodillas?
- Todos los huecos llevan al cielo.

Imanes.
Golpe llama golpe.

Timbiquí.
Lloró.
Tumaco.
Buenaventura.

He buscado yerbas que no existían y las he encontrado. He seguido raíces profundas que me llevan al árbol después de días de camino. Busco una niña que existe y no la encuentro. Meses caminando por tierras llenas de cuerpitos como el de ella y de ojos temerosos que miran para otro lado.

Huellas de todas las minas que he pisado.
Detrás de cada grieta.
Un minero endemoniado,
con el oro subido en la cabeza.

¿Has jugado con muñecas?
Después de que se raya no vale nada.
Lanzarla por los aires.
Olvidarla en la lluvia.
Enterrarla en el patio.
Arrancarle la cabeza.
Castigo por perder su belleza.

Por roñosa.

Por usada.

Vas a necesitar muchos muertos, mucha manteca para tantas heridas.

La primera cicatriz fue un regalo de la perra.
Cuatro años.
Un plato volador aterriza en su frente.

CADERAS / Timbiquí

Coordenadas: 2°46'19" N- 77°39'54" O
 Ríos: Timbiquí, el Saija y el Bubuey
 Departamento del Cauca

Un bus pelea con la montaña. Se abre paso entre trochas, bordea los precipicios acorralado por paredes de piedra.

- Yo me quiero bajar en Cisneros.
- ¿Cómo?
- Dejame bajar en Cisneros.
- Siéntese, mami. Estamos muy lejos de Cisneros.
- Me quiero bajar por acá.
- ¿Otra vez con lo mismo, bebé? ¿Otra vez? Siga durmiendo. Siga durmiendo. ¿Tuvo pesadillas o qué? Si quiere... Venga la carga. Venga la carga.
- Dejame, José. Pará este tiesto. Me quiero bajar. Mi abuelita anda cerca. Necesito...
- ¿Y pa' ónde va irse, Candelita? Esto por acá es caliente. Recueste y duerma tranquila que yo la estoy cuidando. Yo no puedo dejar que mis gallinitas se pierdan por ahí. A usted le pasa algo malo y yo me muero, bebé.
- Abrí esta mierda o me tiro...
- Pero ve, esta loca. ¿Te querés matar? Quédate quieta. ¿Su papá la cargó alguna vez en las piernas? ¿Le contó cuenticos? ¿Cierto que no? yo ni siquiera soy como su papá, Candelita. Yo soy como un papá

A veces la huelo cerquita y siento que ya la agarro. Después, se llena el aire de cosas raras y se me vuelve a perder. Cuando le pregunto a la gente, me da risa de mí misma. ¿Usted no ha visto a una niña, care' bonita, flaquita? Pero no es cualquier care' bonita flaquita, es mi Candelita, la que nació con dientes, la que nació con santo. La que lleva a la dominadora agarrada de la mano. Pero, ¿cómo le explico eso a la gente? Se burlan de mí con su cabeza chiquita, con sus almas estrechas, donde no cabe ningún santo.

de verdad. ¿Y usted cómo me paga? Enloqueciéndose con sus sueños. Persiguiendo a una muerta.

- Mi abuelita no está muerta. Esos son cuentos de la perra.

- ¿Ya se olvidó del cuento de las niñas del río? ¿Ya se lo olvidó? Me va a tocar contárselo otra vez...

- Mi abuelita está cerca... no está muerta. Por favor, José...

- No se lo tengo que contar otra vez, ¿cierto? Porque vos sos más inteligente. Más inteligente que Asunción, Peluche, Pati, Fanny, Estela, Flor, Jessica, Caterine, Miladis, Angie, Mónica, Patricia, Nydia, Nancy, Alejita, Paola, Diana, Katty... Todas tocaron fondo. Pero vos no, ¿cierto, bebé? Vos no vas a ser parte de ese cuento tan feo, ¿cierto que no?

Vueltas. Viaje adentro y afuera. Laberinto de montañas. Senderos, trochas, caminos invisibles. Atravesar ríos. Botas pantaneras. Chapoteos. Lluvia constante que vuelve lodo la cabeza. Agudizar el olfato. Seguir el olor a mercurio.

Abuelita...

¿Te acordás cuando buscábamos el río?

Y nos tomábamos el agua así.

Recogiéndola como perritos.

Haciendo formas con la lengua.

y yo abría los ojos para ver las piedras,

que se movían en el fondo.

Un río recién nacido.

Con el olor de lo que no tiene olor...

que es el olor más puro.

Y era tan suave como solo lo que no tiene forma puede ser suave.

Tragábamos hasta que se nos inflaba la panza.

Y allí la guardábamos,

pa' seguir caminando.

Y ahora...

Prefiero aguantarme la sed.
Esperar a que lllore el cielo.
Sacar la lengua entre los barrotes de la ventana,
y tomar góticas...
Guardarla en tarros.
Atasarla todos los días.
Esconderla
Defenderla con las uñas.

Todo se pudre en este monte,
solo quedamos mineros y putas.
Amarrados al trabajo.
Respirando cianuro.
Enfermos.
Pero entre más enfermos, más pagan.
Y las gallinas...
sin alas pa' despegar.

Hay uno que también escarba la tierra. Dice que la quiere:
Esta no es una historia de amor. No hay amor en mis historias.

Agujero a cielo abierto. Tierra sobre él. Agua enturbiada que le
llega a las rodillas.

Abrir hueco, mover la tierra.
Raspar, cavar,
Bañarse de barro.
Bailar con la batea.
Ver los círculos del agua.
Desechar la roca.
Agudizar el ojo.

Esperar el brillo.
Buscar entre la tierra.
Esperar el brillo.
Rezar a la virgen del Carmen.
Guardar dos / tres pepitas.
Recomenzar.
Reunir una pieza.
Pesarla.
Negociarla.
Venderla.
Correr al gallinero.
Candela.

Volver a la mina.
Escarbar.
Esperar el brillo.
Mover tierra.
Reunir pepitas.
Esperar los días.
Pesar.
Negociar –vender.
Volver al gallinero.
Candela.

Sueño que vivimos en una casita bonita. Una casita bajo tierra, con paredes de oro. *Yo estoy en una esquina sobre un altar rodeada de flores y de santos. Él enciende las velas y reza. Me hace mucho calor. Se me empieza a chorrear la pintura, trato de gritar... pero no puedo abrir mi boca de cerámica. Me empiezo a ahogar y escucho cómo se rompen pedazos de mi cuerpo. Él tiene los ojos cerrados y no para de rezar. Yo exploto. Miles de pedazos de cerámica vuelan por la casita de oro.*

Cuando alguien se queja a tu lado...

Hace que también te duela.

A la flaca se le infla la panza.

Te dije que no tomaras nada que no llegue del cielo.

- Sabes lo que es...

Un niño creciendo en su panza,

un niño de muchos padres.

- Un niño minero que me escarba por dentro.

- *Te quejas tanto, que a mí me duele.*

Solo te imaginás cómo me duele.

A vos no te duele nada.

- Me duele la piel.

Los pies.

Las rodillas.

Aquí.

- Pensás y te quejás.

Yo me quejo sin pensar.

- Deberías ayudarlo...

dejarlo ir.

- Abro las piernas, muy abiertas, hasta que traqueen los huesos. *Abro las piernas y empujo. Y golpeo la panza.* Le ordeno que se vaya. *Sacudo la barriga para emborracharlo.* Me aprieto el estómago. Abro más y empujo. Le grito -*Vas a nacer en un mierdero.* Nadie va a quererte. Siento que patalea.

- ¿Salió?

- Nada.

- Está atrapado en las tripas.

Lo dejaste crecer mucho.

- Ayúdame con tus yerbas.

- Yo te consigo lo que necesites.

- Perejil entre las piernas,

Ají guaguao: tres raíces se echan en una jarra con cinco tazas de agua, que se cocinen y queden reducidas a tres. Tres días después, beber este cocimiento, se da azafrán, una copa de viche y fuera. Se debe tener cuidado de que el que venga no sea un niño con santo o con protección. Porque se lleva a la madre con él, al mundo de los invisibles.

se calienta y relaja.

Ruda, chocolate, canela y orégano.

Tomá.

- Quiero vomitar.

- Aguantá.

- Abro las piernas, empujo. Ayúdame a empujar. Me hala de las tripas. Me aplasta el estómago. Pero no sale.

- Quiere nacer.

- No lo quiero. Nadie se come a una madre.

- A algunos les gusta.

- Con algunos no me alcanza.

La panza estorba.

Me da asco.

Antes era virgen todos los días.

Solo tengo 14.

Abro las piernas, empujo. Ayúdame a empujar. Me hala de las tripas. Me aplasta el estómago. Pero no sale.

- No sabe dónde ir.

Háblale del río.

- Huele feo. ¿Qué es?

- Hierbas de poleo.

- Dame.

- Es poderoso.

Puede llevarte con él.

- Prefiero.

- Ándate pal río.

Bebe

- Veo todo blanco.

Camina.

Abre las piernas en el río.

- Todo da vueltas.

Empuja.
La sangre no para.
El río se vuelve rojo.
Grita.

Cierra los ojos.
Uñas moradas.
- Oigo personas. Alguien canta.
Boca morada.
Bolas de sangre.
- Salió.
Se va río abajo.
- Salió.
¿Quién canta?

Cae al agua.
El río la arrastra.
La lleva con él.

La espero en el entable.

No vuelve.

Encuentran sangre en las piedras.

La reclamó su santo.

Levantar la tumba

Alabados y chigualos.

Canto

¿Pa' ónde vas, alma preciosa?

¿Pa' ónde vas tan de carrera?

Tú vas a gozar de Dios.

Mi cuerpo va pa' la tierra.

La *remediera* que usa sus plantas pa' matar
ya no puede curar a nadie.

Susto santo susto,

borrarme este niño que me llora en la cabeza.

Los santos tienen mil formas: Hinojo, Comino, Yerbabuena,

Mejorana, Artemisa, Árnica, Violeta, Eucalipto, Manzanilla, Menta, Ruda, Cimarrón, Ajo, Clavos, Caléndula. Hierba del zapallo, Hierba del ojo, Hierba del espanto, Verbena, Verdolaga, Marañón, Matanegro, Millo, Mirto, Ojo de profeta, Ortiguilla, Palo bomba, Cachimba, Siete cabezas, Siguaraya, Sopilillo, Tabaco, Travesera, Uña gato, Trébol, Tripa, Tuatúa, Víbora, Vileta, Vigüeta, Yaba, Yabú, Yaya, Yedra, Yerba bruja, Jicotea, Yerba sangre, Maravedí, Cola e´ ratón, Ayua, Zarza, Cabima, Bruja carambolí, Caraguara, Capulina, Cardo santo, Caobilla, Cayumbo, Cebolleta, Ciprés, Ceibón, Cenizo, Espartillo, Espuela, Espinillo, Estropajo, Flor de agua, Estefanonte, Frescura, Galán de noche, Fruta bomba, Jengibre, Gateado, Grana, Guayacán, Jagua, Malacara, Malanga, Maloja, Malva, Mamey, Moruro, Peonia, Ambarina, Anamú, Amansa guapo, Caimito, Cairel, Candelilla, Canela, Canutillo, Carambolí, Carbonero, Caobilla, Cardo santo, Carey, Carquesa, Caumao, Cebolleta, Cayumbo, Comecara, Come moscas, Copetua, Corajo, Cresta de gallo, Ambia, Cilantrillo, Curujey, Curamagüey, Chayote, Chichicate, Chirimoya, Dagam, Daguilla, Embeleso, Esclabiosa, Flor de agua, Galán de día, Gandul, Geranio, Guabico, Lino de río, Peralejo de monte. Chicharón, Cilantro, Hierba mora, Jazmín, Lomoncullo, Murupacha, Nacadero, Orozú, Paico, Sangreado, Salvia, Pendillo, Verbena, Pringamosa, Guanábano, Churrillo, Matarratón, Ovo, Saucó, Cuadrada, Hierba virgen, Sábila, Comfrey, Mosquerillo, Achote, Escoba, Botoncillo, Carbonero de noche, Chamico, Mallorquín, Guácimo, Cujaco, Churrillo, Nacadero, Pacunga, Prontoalivio, Suelda con suelda, Varejón de caballo, Yerba de sapo, Saucó, Quina, Santa maría, Doña Juana, Boba, Friega platos, Guamo, Gallinacito, Conchalagua, San Jacinto, Gualanday, Caraño, Copaiba, Alhucena, Borraja, Cascarilla, Bongué, Permanganato, Coirón, Paludismol, Vigorón, Linaza, Bacao, Escancel, Caracucho, Venturosa, Enviande, Malva, Siempreviva, Grama, Celedonia, Quéreme, Peorrera, Hoja de la virgen, Escubilla, Bostoncilla, La moradita, Pipilongo, Descancel.

- Hoy maté a alguien.
- Imposible.
- Maté a dos.
- Acostate.
- La flaca y su pelaito.

- No hablés.
- El niño venía con santo...
- Hoy te ves distinta.
- Y se la llevó enredada.
- Más vieja.
- Se enteraron los santos.
- No quiero escucharlo.
- Y los reclamó.
- Shhh. Apagá la luz. No hablés que te ves vieja cuando hablás. Las santas son silencio.

No conozco remedio para el tiempo.
Se cansa de tocar el mismo cuerpo.
El aburrimiento es la madre de todos sus males:

Golpes. Sacudías. Golpes. Penetraciones forzadas.

Golpes. Sacudías. Golpes. Penetraciones forzadas.
Esto no es una historia de amor. No hay amor en mis historias.
Manos endurecidas. Palabras como pólvora.
Todo explota.
No hay amor en mis historias.
Gente que estorba.
Cabezas pesadas, adormecidos.
Susurran en mi oído.
¿Qué se dicen? ¿Qué me dicen?
Hablan de una vida que nadie entiende,
de la vida que nadie quiere.
Proyecto de país:
¿Para qué matarlos?
Ellos mismos se sacan del camino.
El bus recoge el gallinero. Moretones en las caderas, cicatriz en

el brazo. Esta tierra y yo somos un cuerpo que sufre su idiotez. La flaca y el niño me llaman en los sueños. Hay cosas que no se borran ni con manteca de muerto.



ESPALDA / CAUCASIA

Distancias: 285 km al NNE de Medellín

700 km a Bogotá

Superficie: total 1411 km²

Afluentes: río Cauca, río Nechí y el Parque Nacional Natural Paramillo.

Todas lloramos al niño caballo. Dicen que José lo picó por traernos mecaticos. Ahora, para conseguir el humo, nos toca negociar con los clientes.

Un pueblo con locura de ciudad. Pueblo con locura de mina. Las niñas llegan a la casa grande. La casa grande de la esquina. "Papi" viene todos los días.

*Papi: ¿Usted ha acariciado un cachorrito?
¿Y le ha dado ganas de llorar? ¿O de apretarlo duro?
Hasta las ratas son bonitas cuando chiquitas.*

Quando crecen, crecen sus deformidades.
¿Ha visto los ojos de un perrito asustado?
Todo se corrompe cuando el animal aprende.
Quando se vuelve mañoso,
quando aprende a ladrar.
Por eso hay que jugar con ellas mientras son mudas.
Mientras creen en historias...
Después aprenden a clavar las uñas.
A soltarse.
A destrozar el nido.
A desfilar en calor, arrastrando perros detrás de ellas...
Míreme. Mírese.

Un cuerpo grande es un cuerpo envenado, sembrado de problemas.
Las téticas chiquitas agradecen las chupadas y van floreciendo.
Hay que esforzarse para estar un ratito dentro de ellas, empujar
despacio, abrirse camino.

Lo nuevo huele a nuevo, sabe a nuevo.
Ser la primera mano, la primera lengua.
El amo, el domador, la primera piel que lamieron.
¿Cuánto vale eso?
Lo que cueste es poquito.

Papi tiene una hija preferida. La bruja, la *remediera*. La que sabe
volverse cachorro y sabe volverse víbora.

Como víbora, como gallina, como burra, como cachorrita, como
muerta.

Yo soy un camaleón.

No tiene que decir nada... yo leo el iris, leo la lengua.

Me crie descalza buscando plantas en el monte, cocinando en las
cuevas.

Yo nací con santo.

Por eso la madre perra vomitó nueve
meses, y ni el ajo le pudo parar el mal
de madre.

Me parió con los ojos cerrados.

No tuvo leche para mí.

Era una teta seca.

Yo me la había chupado desde
adentro.

Mi familia fue un maleficio...

A mi tío lo trabajé
por tocón.

El mal de madre es una pelota que se forma en el estómago. Una pelota que se cría de disgustos o de hambre. Con aceite de ajo, se le hace masajes siempre en dirección al ombligo. Mientras, se le ponen dos ajos en las narices de la mujer. Después, se le dan a comer tres ajos asados y se le pasa con una agüita de ruda o mejorana. Durante tres días tomará solo sopa de ajo y aceite.

A mí me gustaron las cosquillitas,
hasta que me sacó sangre,
y se le volvió costumbre.

Antes de irme, le dejé un trabajito.
Pa' que no siguiera abriendo huecos a
las niñas de la casa.

Mejor cobrando que gratis.
Pero un animal de selva como yo
no se acostumbra a vivir en un
gallinero.

Paralejo de monte: pulverizado con otros ingredientes, se mezcla en el café o en cualquier otra bebida y se le da al hombre a quien se quiera, por venganza, privar perpetuamente de su virilidad.

Raspar la pepa de aguacate.

Ahora tengo papá.
Y Papi quiere hacerme un hijo.
Está amarrado.
Me chupó en mis días de sangre.
Se pegó a la concha como chupando leche de coco.

Raspar la pepa, cocinarla y tomarla en agua.
Me deja su leche adentro y no sabe por qué no me infla.

Tomar el agüita todos los días.
Y no hay embarazo que pueda darse.

Papi perfora y busca y busca.
Como buscan los mineros cuando la
selva les esconde el oro.

No hay bebedizo más poderoso.
Que la sangre de mujer.

Perseguir su olor entre las cuevas, en las minas, en las ropas de los mineros. Lo he sentido cerquita. Y entonces otra vez se desaparece. Les veo en la cara que saben, que todos saben dónde las meten, que la conocen, que se cubren entre ellos. Que les da miedo, que les da vergüenza.

Papi es dueño del entable.
De las dragonas.
Del planchón.
Es dueño de la mina.
Tiene para comprar el humo.
Y tiene una máquina vieja que solo hace cosquillas.

Papi no sabe que mi abuelita me llenó de aguas,
de rayaduras.
Tengo tantas yerbas en las tripas,
que ni el Espíritu Santo podría preñarme.

Los santos me volvieron bruja
y los hombres me volvieron puta.

Los primeros días, lloré un San Juan.
Horas y horas metiéndonos adentro... plataneras y yarumos.

¿Pa' qué llorar?

Los dueños del gallinero son buenos con sus pollitas.
La gallina aprende a clavar el pico y perseguir gusanos.

Pero de vez en cuando, un domingo...

Al medio día de algún domingo, el olor a sancocho.
Hay un camino de entierros por la selva.
Huesos pequeños de niñas...
las alas de las gallinas no se hicieron para volar.

Un cuerpo viejo sobre cuerpo pequeño.

- No todos los huevos se vuelven pollitos.
- Eso depende del gallo.
- Soy hija de la Santa, nunca voy a ser madre. Los santos me cerraron el vientre.
- Esos son cuentos de viejas.

De esta cueva no va a salir nada vivo.

-Papi sabe de eso, Papi saca oro de las entrañas de la tierra, de los rincones donde la montaña los tenga guardados. Papi ve el brillo detrás de las piedras. Papi tiene dinamita y dragonas.

- Me duelen las entrañas. Estoy seca. Dame un poco de humo.
- No más humo.
- Papi no puede quitarme los mecatos. Me duele, Papi, me duele todo por dentro.
- Deja que Papi empuje y llegue bien adentro.
- Necesito mis dulces. Déjame fumar.
- Los dulces la están secando.
- Papi tiene una hija prestada. Al hijo del vecino no se le pega.
- Cállate, no aprendas a cacarear.
- Hay otras gallinas.
- No quiero otras gallinas.
- ¡Ay! Me duele por dentro.
- Dinamita.
- Me quema.
- Cerrá el pico. Malcriada.

Correazos en la espalda.

- Quítate de encima.
- Papi nunca se ha blanqueado. Nunca ha metido dragonas donde no hay ganancia. Ya viene la poderosa.
- Me arde, me quema. Quítese, cerdo.
- Con fuerza. Con fuerza en las cuevas estrechas.

Gritos.

- Si la panza no se infla en unos meses. Papi va a bañarte en cianuro.

A Papi no le funciona bien su máquina.
Como a todos los mineros de aquí,
el mercurio los deja flojos.
Papi toma pastillitas pa' hacerla arrancar.
Escava todos los días en busca de su monstrico.
Una pepa para cada excavación.

Sobredosis.
Se retuerce, se lamenta,
sus ojos gritan,
y la boca se le cierra.
Papi está pidiendo ayuda.
Pero le pide ayuda a una muerta. A una niña sorda, a una muñeca.
¿Alguien quiere salvarlo?
Se muere y lo último que ve es mi sonrisa.

ALABADO

Hay que despedir a los muertos
Por muy mierda que hayan sido.
Tengo cinco huecos en la espalda para recordarlo.

Del cuerpo presente.
Levanten la tumba.
Del cuerpo presente.
Levanten la tumba.
Se despide el alma.
En vida y en muerte.

Sueño con Papi. Su cuerpo se ha vuelto de piedra. Lo rodean los mineros que clavan sus picas sobre él. Sobre Papi, pequeñas locomotoras y dragas haciendo huecos. Los mineros enloquecen, golpean la roca. Papi grita y pide ayuda. Todos reímos mientras él se vuelve polvo.

Yo soy como este río.
Un muerto que se mueve.
El bus la deja en una esquina. En la ciudad, el humo se encuentra en cada hueco, en cada cadáver cubierto con costal. La plata de

las minas se le vuela de las manos, pero tiene un banco entre las piernas y no le falta el santo susto. Santo surungo que hacés nacer enredaderas en las grietas de las calles, que le traes a su abuela convertida en diosa. Camina buscando a su santo. Vuelve a caer. Unas manos la despegan del andén y la suben a un carro. Un viaje dentro de un viaje. Un viaje dentro de un viaje. Su viaje dentro de otro viaje. Un olor a verde la despierta. Hay cosas que el humo no puede borrar. La selva. La santa selva. El río... Los dueños del gallinero le restriegan la ciudad que lleva pegada al cuerpo. Es una muñeca vieja. Pero hay muchos desesperados en este monte. Ya no tiene humo. Ya no puede distraer el dolor. Trata de hablarse, pero ya no sabe cuál es su voz.

Cerró los ojos y como un perro persiguió su olor. Muchos pasos para unos pies viejos. Muchas preguntas para una boca vieja. Un día dejó de olerla. Ya no sabía a quién buscaba. Mucho dolor para un cuerpo viejo. Empezó a caerse. Cuando se vio muerta, abrazó la tierra, cantó con otras abuelas, otras madres, otras hijas que se arropaban junto a ella. Muchos huesos en esta selva, muchos muertos, muchos huecos.

CABEZA / Istmina

Chocó

Temperatura promedio de 25,9 °C

Cuenca del río San Juan

Cuando se anda por la selva. hay que callarse la boca y la cabeza.

Días selva adentro.

Siento los árboles sobre la cabeza.

Me caí otra vez.

Las plantas hablan bajito. Oír el bullicio de los yarumos, el canto de las bromelias, oír al Guamo, al Pronto alivio, a la Mejorana, al Sucurbue... es un secreto que solo nos cuentan a las remedieras, a las que vivimos en las cuevas, huyendo de la humanidad.

Llega la lluvia, la selva se llena de ríos. Las minas se desploman y todo es barro. Los mineros corren persiguiendo el oro que se les escapa. El agua se los traga y muchos se pierden en el monte. En las cuevas devuelven su carne a la santa selva que se arrepiente de haberlos parido. Escupitajos, tabaco, alabados, el alma volverá en otros tiempos menos enredados.

Siento las miradas entre las cuevas.
Hay otros como yo.
Acobijados con helechos.

Siento sus ojos / Me reconocen.

Huelo a mi abuelita.
Huele a tierra revuelta con ella.

Este es mi último paseo.
Yo de esta selva no salgo.

Me caí otra vez.
La tierra me llama.
Yo de esta selva no salgo.

Cuando la tierra lo llama a uno, empieza a hacerlo caer. Es un aviso de que su tiempo está cerca, de que la selva la reclama.

Amarrada a la cama. Suficiente con abrir las piernas. Muerta, de verdad muerta. Pueden penetrarla todos los hombres. Suficiente con abrir las piernas. Dicen que huele a podrido. Despierta sin abrir los ojos y escucha. Les da asco, se pudre en esa cama. Las heridas, las gallas, la rabia. Le abren las piernas y se follan su cadáver. Lo más lindo de la muñeca es que nunca estará viva. Descansa. Vuelve a cantar. Cuando las brujas mueren, se hacen más fuertes.

Sueño que caiga de nuevo y la tierra me abraza fuerte. Las santas y las brujas me rodean. Cantan y rezan mis alabados. Soplan y con cada soplo un pedazo de mi carne desaparece. Me veo en huesos

y los huesos se vuelven polvo. Me vuelvo espíritu y me uno a ellas.

- Abuelita, ¿usted me estaba esperando?
- No, usted no tenía que llegar tan rápido.
- Me aceleraron la vida. Me estrellé contra ella. Ya no tenía cuerpo para seguir.
- Súbase.
- Tan bonita esa barquita.
- Vamos a cruzar el río.
- Tan bonito este río.
- Es el río de los muertos.
- Está más vivo que los ríos de los vivos. ¿Se acuerda de los paseos al Dagua? Lo viera ahorita.
- Acuérdense de que nada muere.
- ¿Y nosotras?
- Vivas. Vivas y más vivas cada día.

Viva. Viva y más viva...

Me arrastro.

Las plantas me llevan.

Soy selva.

Viva y más viva cada día.

Nací para bruja y morí puta.
Nadie encontrará este cuerpo.

Tengo mi alma en otro lado.

Cicatrices.

Piel seca.

Territorio torturado.

Necesitaría mucha manteca... muchos
muertos.

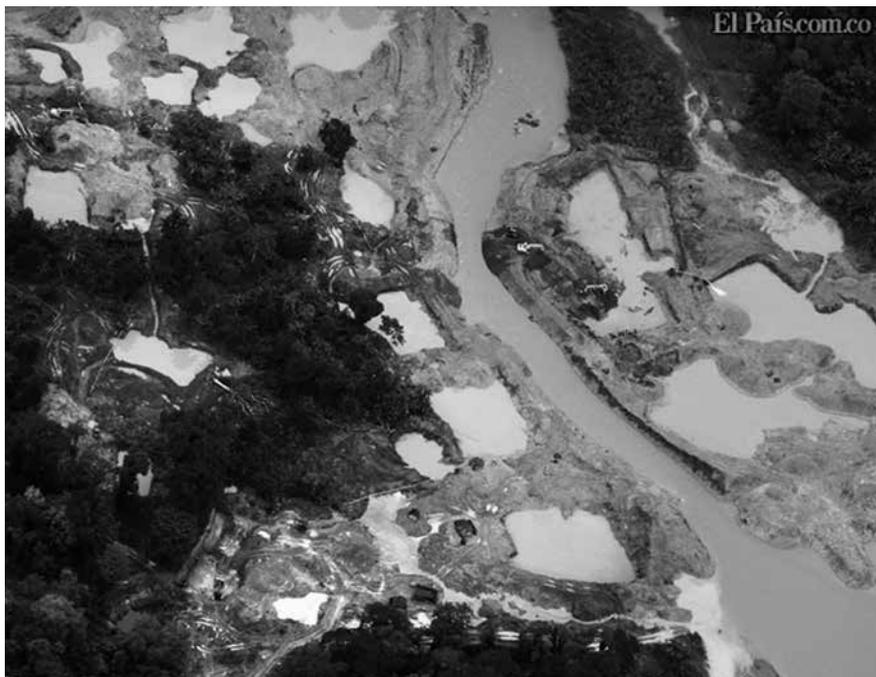
Huellas de los hombres que me
caminaron.
Grietas de los gritos que salieron por
la piel.
Moho entre los ojos.
Lengua plagada de asco.

Canto con los santos.

Este murmullo es mi último murmullo.
Última vez que lloro mi vida fea y
poca.
Flea y poca como el río que rugía.
Ya no asustamos a nadie.
Ni vos ni yo, mi río.
Ya no curamos a nadie.
Ni vos, ni yo.
Ni nadie.

¿Pa' ónde vas, alma preciosa?
¿Pa' ónde vas tan de carrera?
Tú vas a gozar de Dios.
Mi cuerpo va pa' la tierra.

Cuervo, 2015



Fotografía: <http://www.elpais.com.co>

RUMOR

Carolina Vivas Ferreira



- CAROLINA VIVAS FERREIRA -

Dramaturga, directora y actriz nacida en Bogotá. Egresada de la Escuela Nacional de Arte Dramático, Maestra en Teatro de la Universidad de Antioquia. Fue por varios años actriz del Teatro La Candelaria de Bogotá. En 1991 funda, con Ignacio Rodríguez, UMBRAL TEATRO, grupo de investigación - creación, que ha hecho presencia en la escena colombiana con montajes de grandes autores y obras de dramaturgia propia. Ha participado a nivel nacional e internacional en eventos artístico - académicos y festivales con el repertorio de Umbral Teatro. Ha recibido estímulos y reconocimientos como el Príncipe Klaus, 2015, para asistir a la X Conferencia Mundial de Dramaturgas en Sudáfrica, el Premio Mujer de Teatro 2013, otorgado por la CCT y diversas Becas de Creación en Teatro y Dramaturgia, de IDARTES, Mincultura, Iberescena, entre otros. Sus textos dramáticos han sido publicados y algunos han sido traducidos al francés. Hace parte del comité de redacción de la revista TEATROS. Fue docente por diez años en la ASAB (Facultad de Artes de la Universidad Distrital). Actualmente se desempeña como Directora del Encuentro Iberoamericano de Dramaturgia y del proyecto PUNTO CADENETA PUNTO (Taller Metropolitano de Dramaturgia), espacio orientado a cualificar y desarrollar la joven dramaturgia bogotana.

Rumor

Carolina Vivas Ferreira

“Somos como un pez enganchado al anzuelo, nos agitamos, tratamos de desprendernos, damos tirones del hilo, pero no conseguimos comprender por qué un simple pedazo de alambre curvado ha sido capaz de prendernos y mantenernos presos, quizá nos soltemos, no digo que no, pero nos arriesgamos a que el anzuelo se nos quede atravesado.”

Ensayo sobre la lucidez

José Saramago



Fotografía: Ignacio Rodríguez Bejarano

Desayuno

Celina sirve el desayuno al padre Tiberio, que se encuentra sentado a la mesa, adornada con un florero en el centro y un hermoso mantel blanco de granite, bordado a mano por Celina. La mujer está especialmente hermosa, el pelo húmedo, recién bañada, el traje de popelina curuba se le pega a la espalda. El sacerdote la mira paternal. Ella le sirve un huevo cocido y un plato de humeante avena. En ese momento entra Eduardito, soñoliento. Corre a abrazar al padre, quien deja de comer, lo monta en sus piernas y le hace cosquillas.

- ¡Fuera pereza, déjame estudiar!

El niño ríe entusiasmado y en un santiamén voltea la avena; la madre manotea, el sacerdote y el niño se miran culpables. Eduardito sale corriendo y regresa trayendo un traperero, dispuesto a limpiar. Su madre le indica que se siente, el niño obedece y Celina trapea el reguero.

El padre sirve un poco más de avena y un huevo duro para el niño. Celina acaba de limpiar, mira al sacerdote y este le hace un gesto indicándole que está sabroso. Se oye a lo lejos el canto del gallo. Eduardito imita el quiquiriquí y parece que el gallo le contesta; ríen, terminan de desayunar y el padre Tiberio lleva al niño a la escuela, mientras Celina barre y trapea el atrio, antes de abrir la iglesia para la misa de siete de la mañana.

Tan linda la mamá como la hija

Aminta sale de su casa, lleva la mantilla puesta y a su hija de la mano, se echa la bendición y avanza de afán mirando para abajo. Una voz las detiene.

- Tan linda la mamá como la hija.

La mujer le aprieta la mano a Marquesa y sigue andando.

- A mí no me trata así, profesora Aminta.

- Usted está borracho, Guido, déjeme pasar.

- Ya no soy uno de sus mocosos de la escuela.

- Por favor...

- ¿Para dónde va con tanto afán?

- A misa de siete. Permisito que voy tarde.

- ¿Se le pegaron las cobijas? No me diga que no durmió bien.

Marquesa abraza aprensiva a su madre que mira hacia su casa en busca de ayuda.

- La fiesta duró hasta hoy, hubieran pasado a la gallera.

- ¿Cómo?

- Sí, las dos, faltaban hembras para tanto macho.

- Respete que es una niña y yo soy una vieja.

Alfonso espía tras la cortina.

- Le repito, doña Aminta, tan linda la mamá como la hija.

- Permisito, tengo que dejar la niña en la escuela.

- ¡Uyuyuy! ¡La niña! ¿A quién chee le achoolman las cochitas?

- Por favor, Marquesa todavía juega muñecas, le ruego...

- ¿Qué es lo que se está imaginando?
- La niña nada de...
- Uno ya no puede ser galante.
- Déjeme pasar, se lo suplico.

Cruz descubre a Alfonsito espiando tras el visillo.

- Sólo porque usted me enseñó a leer y no me gustaría perder la suegra, no la pongo en su lugar.
- El día que delante de los más pequeños mató de una patada a un pichón caído, supe que usted iba a ser un hombre malo.
- Cuando por su culpa mi papá me golpeó delante de todos hasta hacerme sangrar; me dejé castigar sin quejarme, ¿se acuerda?

Aminta guarda silencio.

- Yo no me olvido, cómo le parece.
- ¿Y eso qué tiene que ver?
- Nada, usted puso el tema.

El hombre se marcha, Aminta mira a su casa. Tras la cortina, Alfonso se oculta temeroso.

El oficio religioso

El padre Tiberio se halla diciendo la misa:

- “Entonces, los soldados del procurador, tomando a Jesús, lo condujeron al Pretorio ante toda la cohorte, y despojándole de sus vestiduras, le echaron encima una clámide purpura”.
- Chepe...
- ¿Ah?

- Los Cangrejo están destruidos, pobrecitos.
- Deje oír al padre.
- Dicen que Pedro sale todos los días a buscar el cuer...
- ¡Juana! ¡Ya cállese, por favor!
- "Y tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y en la mano una caña. Y doblando ante Él la rodilla, se burlaban diciendo: ¡Salve rey de los judíos!".
- ¿Le pasa algo, doña Aminta?
- Me castañetean los dientes...
- Siéntese.
- Tranquila, Juana, estoy bien.
- "Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían con ella en la cabeza".
- ¿Y don Alfonsito?
- Es un cobarde.
- ¿Se siente bien?

En ese momento, entran por el pabellón central dos hombres; sus pasos retumban en la iglesia. El padre continúa con el sermón y los feligreses, la mayoría viejos y mujeres, evitan mirar a los desconocidos que, en la primera fila, de espaldas al altar, los miran uno a uno sin pudor.

- "Después de haberse divertido con Él, le quitaron la clámide, le pusieron sus vestidos y le llevaron a crucificar".
- No sé qué me pasa, Juana, oigo como una taladora, no logro distinguir ese ruido de la voz del padre.
- ¿Cuál ruido?, eso son nervios.

Los hombres se miran entre sí. Cuando el sacerdote repara en ellos, salen sin ninguna discreción.

- El ruido es cada vez mayor. ¿Lo oyen? El ruido, no me deja, no me deja...
- Doña Aminta, cálmese.

- Ya, Juana, ya, el ruido se fue, perdone.

Celina desiste de pasar la funda de las limosnas y permanece temblorosa en la última fila. Se escucha la serena voz del padre Tiberio, dando su sermón.

- Queridos hermanos, la Palabra nos habla del suplicio, de cómo el Señor entregó su vida por nosotros, para purificar el mundo de nuestros pecados.

- Ese infeliz puso sus ojos en el pecho de mi nena.

- ¿Quién?

- Ese demonio.

- ¿Quién?

- Cruz. A mi nena no van a dañarla, Juana, no mientras yo pueda evitarlo.

- Hermanos, elevemos nuestras plegarias porque el Altísimo llene de paz los corazones enfermos de pecado.

- ¡Que así sea!

- ¡Que aparezcan, Señor, nuestros jóvenes!

- ¡Que así sea!

- Te encomendamos Señor a tus hijos, Salvador Cangrejo y Alegría Sastoque.

La escuela

La escuela es una construcción con techo de zinc, rodeada de un cerramiento de árboles. En el patio, sentados en círculo, niños y niñas campesinas, algunos casi harapientos; la señorita Leila, maestra de la escuela, reparte mogollas y bocadillos que los niños comen con gusto. La maestra da instrucciones:

- No olviden, niños, por ningún motivo se deben apartar del camino. No cojan ningún objeto extraño, nada. Los peligros son difíciles de

ver, pueden estar en sitios abandonados, enterrados, disfrazados o escondidos en el pasto o la hierba, en los árboles o bajo el agua.

Aterrado, Eduardito deja de comer, mira a la maestra con la boca abierta. Junto a él, Virginia, una niña de unos siete años, a la que le falta una pierna, come desprevenida, sin escuchar; sus pensamientos están muy lejos de allí.

- Normalmente a ustedes, los niños, les gusta el difícil juego de retroceder sobre sus pasos, y es un buen entrenamiento aprender cómo voltearse hacia atrás y caminar exactamente por encima de sus propias huellas, especialmente en terreno seco, donde las huellas de los pies son difíciles de distinguir.

De repente, Marquesa empieza a darse empujones con un muchachito de unos ocho años, que dispuesto a todo toma una piedra. La maestra se acerca y los separa amorosa.

- ¡Ya, cálmense! Tienen que aprender a quererse, ¡por Dios!

Marquesa huye corriendo. Los demás chiquillos rompen el círculo y se disponen a jugar.

- ¡Yo los borraba a todos!

- Tan bobo, ¿no ve que si desaparezo se acaba el juego?

- ¿Cuál juego? ¡Somos enemigos!

Tiran un balón como si fuera un cañón y este va a dar a la cara de la señorita Leila; antes de que pueda reaccionar, suenan las campanas de la iglesia; la maestra se pone alerta, tratando de descifrar el mensaje. A un gesto de la señorita Leila, los niños corren a protegerse y se ocultan en el salón. La niña a la que falta la pierna permanece afuera, sin decidirse a entrar. – ¡Virginia, venga para acá! – grita la maestra. La niña avanza con dificultad, apoyándose en una muleta de palo, hechiza y demasiado grande para ella; las campanas siguen repicando, la maestra recibe a la niña y cierra la puerta.

Eduardito permanece aterido en el mismo lugar donde se había sentado a comer su pan con bocadillo. La maestra no lo ha echado de menos. Corre y se oculta detrás de los arbustos. Allí encuentra a Marquesa jugando con un grillo. Se lo pone al niño en la palma de la mano. Él se lo pone en la cara, sonriendo complacido con la sensación de las patas del animal sobre su mejilla. Se ensimisman sin perder de vista las figuras que les sugieren las nubes. Marquesa toma al grillo con un palito canturreando, Eduardito le contesta:

- Tengo un grillito chiquito
al que he llamado Paquito.
Le he regalado un palito.
Él me devuelve un guiñito.
- Paco es un grillo bonito
que se queda muy quietico.
Yo le propongo un jueguito,
que él sea mi angelito.

La algarabía de los niños que, pasada la alarma, regresan al descanso, los saca de su juego. Dejan el grillo en un rincón y vuelven al recreo.

Inventario

Chepe se encuentra haciendo inventario de la poca mercancía que aún tiene en su panadería; la ha colocado en el mostrador. Su tienda es la sala de la casa más antigua del pueblo, con techo alto y en todas las paredes estantes de madera y vitrinas con ventanas de vidrio. Entra Juanelo.

- ¿Tiene gaseosa?
- Es lo único que no falta.
- Lógico, ese negocio es de gente muy pesada.
- ¿Eso qué tiene que ver? Los de Cementos Diamante también son

- gente poderosa y hace cuanto que no abastecen por acá.
- De eso sí no sé.
 - Sí, ya sé que lo único que sabe es soplar ese aparato.
 - ¿Cuál aparato?
 - ¿Ya va a pelear?
 - Oiga, Chepe, ¿se ha fijado que otra vez está llegando gente rara?
 - ¡Shit!
 - Estoy asustado.
 - ¿Y su mamá cómo sigue?
 - Anoche tuvo malos sueños.
 - Dele agua de rosas antes de dormir.
 - No es eso. Mire, soñó que...
 - ¡Ya cállese, hombre! Usted es mejor tocando ese aparato que hablando.
 - Trompeta, ¡carajo! ¿Cuál aparato? trom-pe-ta.
 - Le va a tocar aprender el valor de mantener la boca cerrada.
 - Es que he oído cosas.

Silencio.

- ¿Sí supo?
- ¿Qué?
- Dicen que apareció el hijo de los Cangrejo.
- Eso son rumores.
- Cruz hace con nosotros lo que se le da la gana y la autoridad calladita.
- Baje la voz.
- ¿A cuánto está de aquí el comando de infantería y qué han hecho? Nada.

El tendero lo mira exigiéndole silencio. Permanecen largo rato cada uno en lo suyo.

- Y qué, ¿la maestra le dio el sí o lo mando a la porra?

- ¿Qué cree?
- ¿Le dio el sí?
- La señorita Leila es una belleza, pero le da miedo que yo la ponga a aguantar hambre.
- Al menos hay que abonarle la franqueza.
- Dice que los músicos somos borrachos y mujeriegos. Me botó esa perla, luego de darme un beso. ¿Qué tal, ah?
- Jodida la maestra. Calienta y tranca, calienta y tranca.
- A la señorita Leila me la respeta, Chepe.
- Si no quiere mi opinión, pues no me hable.
- Pobrecita. Me contó que el otro día llegaron unos tipos a la escuela y...
- ¡Qué maña la suya! A mí no me cuente nada, es mejor no oír.
- Qué, ¿es que hay que ser sordo, mudo y ciego?
- No se trata de eso, sino de ser prudente y pensar en la familia. Hágalo por su mamá. Deje de estar metiendo la nariz donde no lo llaman. Si oye, no oiga, si va a decir, no diga y si va a ver, no vea.

Como si las palabras de Chepe obraran en sentido contrario, Juanelo sube la voz.

- Lo que pasa es que la policía está aliada con Cruz y aprovechan para sacar por el río lo que se les da la gana.
- No me comprometa, ¡maldita sea! ¡Lárguese de aquí! ¡En este pueblo las paredes tienen oídos y quiero seguir vivo! ¡Usted debería hacer lo mismo!

Juanelo pone un billete sobre el mostrador y se dispone a salir.

- Discúlpeme, es que me saca de quicio.
- Cóbrese.
- Nada, hombre, deje así no más.

Juanelo se dispone a irse, Chepe lo detiene.

- Parece que es verdad.

- ¿Qué?
- Lo del hijo de los Cangrejo.
- ¿Apareció vivo?
- No quiero ser ave de mal agüero, pero vaya preparándose para tocar la marcha varias veces.
- Pobres madres.
- Pobrecitos todos.

Chepe devuelve el billete a su amigo y sube en la escalera para limpiar los estantes vacíos.

II

Refugio

- Mami, quiero irme a la casa.
- Ya, mi cielo, hoy nos vamos a quedar aquí.
- ¿Pero por qué?
- No pregunte. Señorita Leila, ¡pague esa luz!
- Sí, ya... estoy buscando una vela.
- Es mejor a oscuras.
- Es pequeñita, no se ve.
- Póngala aquí.
- ¿Quiere que vaya a avisarle a don Alfonsito?
- ¡Alfonsito! Debe estar detrás de la cortina, esperándonos mientras se le pasan por la mente toda clase de cosas.
- ¿Cómo qué?
- Disparates, como siempre.
- ¿Voy hasta allá?
- No. ¡Qué chupe!
- Pobrecito, me parece injusto dejarlo en vilo toda la noche.
- Al señor déjemelo quietico. Es como si yo le dijera a usted que porque se deja endulzar el oído del Juanelo ese.
- Y qué tiene contra él.
- Nada, pero todo mundo sabe que es ateo.
- Parece que por mí está dispuesto a santificarse.

Aminta sonrío amarga. Los grillos cantan furiosos.

- Mi papá debe estar preocupado.
- No moleste.
- Quiero dormir en mi cama.

- Ya le dije que nos vamos a quedar con la señorita.
- Ya, Marquesita, no le lleve la contraria a su mamá, vea que está nerviosa.

En la penumbra, Marquesa resignada, juega haciendo figuras con una cuerquita.

- Necesito sacar la niña del pueblo.
- ¿No estará exagerando?
- Ay señorita Leila, si supiera lo que ha pasado aquí, no me diría eso.
- Perdona.
- Es un hombre sin principios, lo conozco perfectamente.
- ¿Lo conoce?
- Es de aquí, de Libertad.
- Eso es más triste todavía.
- Dígamelo a mí, fue mi alumno toda la primaria; era un niño rubio, muy blanco, y con ganas de dañar lo que tocaba.
- ¿Y cómo llegó a esto?
- Su papá era un hombre del campo y el muchacho iba a la escuela bajo la amenaza que, a la primera falla, iba a retirarlo y a ponerlo a hacer algo útil en la finca, en vez de estar "llenándose la cabeza de cucarachas". Un día me quejé y el papá, sin mediar palabra, lo cogió a planazos con su machete. Guido, indefenso, me miró por última vez. No regresó jamás a la escuela. Lo volví a ver ya grande, corpulento, armado con fusil y voz de mando. Todavía no me había pensionado. Se me puso firme frente a la gallera, olía a monte y tabaco. Me detuve un instante, lo reconocí y hui corriendo, algo me decía que debía evitarlo. Desde ese día, me fijaba antes de salir, pero esta mañana, estaría de Dios, que antes de andar cinco pasos, lo tenía al frente.
- Pero no creo que la cosa dé para llevarse la niña del pueblo...
- Definitivamente usted no entiende, señorita Leila. ¿En qué mundo vive? ¿Los tres meses que lleva aquí no le han alcanzado para darse cuenta de que estamos en el infierno?
- Si Cruz hubiera querido hacerles daño, lo habría hecho, no creo

que vuelva a meterse con usted.

- ¿Le han contado lo de Merceditas y Alegría?

- Algo he oído, pero ya sabe que a nadie le gusta hablar y es mejor no preguntar.

- El padre Tiberio había dicho en el púlpito que lo peor era dejarse coger la delantera de la tristeza, que iba a mandar traer una orquesta y organizar una fiesta pro fondos para la parroquia; que lo importante era que fuéramos todos, que eso nos hacía fuertes. Así fue: se levantó la tarima, llegó la orquesta y a gozar se dijo, como en los buenos tiempos. A las ocho de la noche apareció Cruz con sus hombres; el padre decía bajito, "no se vayan, que no nos note el miedo". La gente hacía como si nada, pero se oía el pánico. De repente, Cruz le quitó el micrófono a una muchacha que hacía los coros y empezó a cantar y bailar, encima de un baffle grande. Parece mentira, pero de pronto las botellas, los vasos, las servilletas, empezaron a girar hasta formar un remolino inmenso alrededor de Cruz, todo el mundo salió a correr despavorido. Era el diantre, no tengo duda. En un instante el lugar quedó desocupado.

La llama de la vela proyecta la imagen de las mujeres en la pared; lucen espectrales. Al fondo, Marquesa se ha quedado dormida.

- Los hombres de Cruz persiguieron a la gente y en el parque alcanzaron a los Moreno. Los pobres viejos lucharon por su nieta hasta donde se lo permitieron sus fuerzas, pero los hombres se llevaron a Merceditas. De las hijas de doña Belinda, María Helena alcanzó a correr, pero Alegría no, y, con Merceditas, fue a parar a la finca que Cruz le quitó al señor Rhenals.

- ¿Y todo esto por qué, Dios mío?

- Ese demonio no necesita razones. Lo grave es para qué se las llevo, eso es lo peor.

- Y el alcalde y la policía, ¿nadie dijo nada?

- No sea ingenua, todos comen del mismo plato.

- No entiendo.

- ¡Cómo se nota que no conoce el campo! Todo es escarmiento. La gente aterrada prefiere irse.

- ¿Y si vamos al comando de infantería?

- Todos son iguales. ¿Quién va a abrir la boca? Creo que las familias ya ni siquiera hablan en la mesa, como si en todas partes hubiera ojos, oídos y lenguas de Cruz, atentas a delatar al que chiste cualquier cosa.

- ¿Y las niñas, las devolvió?

- Merceditas apareció después de seis meses; me la mandaron a la escuela. No comía, no se reía, a veces lloraba y hablaba a retazos; que luego de una paliza de Cruz, Alegría había huido río arriba, que iba en cinta y no se había vuelto a saber de ella.

- María Helena ya está en quinto, es una niña muy triste.

- Y con razón. Se siente culpable, no se perdona que se hayan llevado a su hermana.

- Solo nos queda rezar.

- ¿Entiende por qué tengo que sacar a Marquesa del pueblo?

Las mujeres callan, avanza la noche, la vela se extingue lentamente.

- No puedo imaginármela sin su niña, me parece que va a ser muy duro.

- Pues más duro sería ver cómo cae en las garras de ese degenerado.

- Cuando amanezca, solo le pido que le avise a Alfonsito y le diga que me consiga un paquete de bolsas de basura, de esas industriales.

- ¿Eso para qué?

- No pregunte tanto, señorita, dígame si puede o no.

- Tranquila, señora Aminta, que le voy a ayudar en lo que me pida. Ahora es mejor descansar.

La compra

Celina viene a hacer la compra. El tendero de espaldas, como está, no ve ni oye a la muchacha, que espera durante un tiempo, temiendo molestar a Chepe, embebido en su tarea. Por fin toca el

mostrador. El hombre le hace una seña indicándole que ya baja. La mujer ve los dos forasteros que han pasado varias veces frente al atrio, se asoma a la puerta y los ve voltear la esquina.

- ¿Qué quiere la mujer más bonita de Libertad?

Ella sonríe coqueta y le hace una seña, indicándole qué quiere. Chepe busca una bolsa de papel y empaca demorándose el mayor tiempo posible.

- ¿Y el padre? Bien, ¿no?

La muchacha asiente con la cabeza y le recibe la bolsa al tendero, que aprovecha para tocarle la mano. Ella la quita y se aleja.

- ¡Yo no muerdo! Tome.

Se acerca desconfiada, toma la bolsa y deja las monedas sobre el mostrador.

- ¡Ojalá me piense la damita, buen día!

La muchacha sale y Chepe la ve irse, hasta que su mujer lo regresa a la realidad.

- Qué es la vaina Chepe, resp tense un poquito. ¿No ve que usted es un viejo para estar con esas pendejadas?

Chepe vuelve resignado a su labor, mientras Juana se dispone a limpiar los vidrios de las vitrinas semivac as.

- Juana.

La mujer no contesta.

- Juana...

Silencio.

- No se ponga así. ¿Vamos a ir al sepelio?
- Ni de riesgo.
- Pero si somos compadres.
- ¿Quiere problemas?
- No puedo dejarlos solos.
- Pero a mí sí, ¿cierto?
- ¿Qué dice?
- No quiere ver más de tres personas juntas en la calle, Cruz lo dijo bien clarito el día que nos reunieron en la plaza.
- Él no es la ley.
- Con el fusil al hombro cualquiera tiene el mando.
- Los Cangrejo pidieron permiso en la alcaldía.
- ¿Y?
- Les dijeron que el cementerio es público, que cuando se ha necesitado permiso.
- ¿Entonces?
- No sé.
- Veá, Chepe, "de mártires está tapizado el camino al infierno". Usted verá donde mete la cabeza, pero a mí no me va a poner en riesgo.

La nena

- No me parece, es muy arriesgado.
- Si a los vecinos les faltó fuerza para defender a Merceditas, yo sí me hago matar por mi hija.
- ¡Virgen santa! Está hablando como endemoniada.
- Ella no va a correr la suerte de la nieta de los Moreno.

- ¿Pero de dónde saca eso?
- Hágase el pendejo, Alfonso, usted se dio cuenta y no hizo nada. ¿Cree que no lo vi, escondido cual mujer detrás de la cortina?
- Es mejor ser prudentes.
- Marquesa no se va a perder en la manigua como la pobre Alegría.
- Está asustando a la niña, mida sus palabras.
- Mami, no me mande con mi tío yo me porto bien, se lo prometo.
- No es por eso, Marquesita, entienda.
- Es que no me gusta estar lejos...
- No quiero que se vaya mi amor, compréndame.
- Yo tampoco quiero mamá, tengo que ir a la escuela y...
- Usted va a volver pronto, se lo prometo.
- ¿De verdad, papito?
- Se lo dice su papá, así que póngale la firma.
- ¿Está bravo con nosotras?
- Su mamá podía haberme avisado, pasé la noche en blanco.
- ¿Qué quería, que volviera y pusiera la niña en riesgo?
- Creí que les había pasado algo.
- No señor, cómo le parece que yo ya aprendí a defenderme sola.
- Ah sí, claro.
- Cuando usted tuvo la buenísima idea de irse a probar suerte a Venezuela y nos dejó acá tiradas, aprendí a pensar rápido y a salirle adelante al peligro. ¿Qué tal, ah? Vuelve ahora tranquilito, con una mano adelante y otra atrás, a decirme qué debo hacer. No, mi querido. Las cosas ya no son así.

Marquesa, en un rincón, permanece silenciosa, como ausente. Alfonsito guarda silencio, se acerca a la ventana, espía el afuera. Aminta prepara una inmensa bolsa negra.

- Necesito que se meta aquí.
- Pero, mamá, si siempre me dice que no juegue con plástico, que me puedo ahogar.
- No importa, haga como si fuéramos a jugar encostalados.

- Esto no es un costal, papá, no estamos jugando.
- A ver, mi cielo, obedezca. ¡Cosquillas, cosquillitas!
- Cuando usted se fue, yo siempre quedaba campeona en las carreras de encostalados, ¿cierto, mami?
- Sí, mi amor.
- ¿Por qué llora, mamita?
- No estoy llorando, mi cielo.
- Cómo que no.
- Bueno, bueno, se nos hace tarde, métase pues.
- Sí señor.

La niña se mete en la bolsa de basura. Aminta le da un beso en la cabeza antes de sellarla, hace un nudo fuerte. Toca la cara de su hija sobre el plástico, pasa la mano por la nariz y abre cuidadosa un roto que le permita respirar. Entre tanto, Alfonsito trae la bolsa de basura de la cocina de la señorita Leila. Luego, con ayuda de su mujer, sube la niña a una carretilla; Aminta llora contenida.

- ¿Qué he hecho, Dios mío, para merecer esto?
- No es culpa suya.
- ¿Qué he hecho para tener que tratar a mi nena como si fuera porquería?
- Tranquila, m'ija, que mi hermano la va a recoger y la va a sacar con la carga.
- ¿Me promete que vamos a ir a celebrar con ella su confirmación?
- Sí, no se preocupe.

Cortejo

Un raquíto cortejo fúnebre va por las calles polvorientas de Libertad, presidido por el padre Tiberio. El sepulturero lleva el ataúd en una carreta de madera con llantas de automóvil. Detrás de él caminan Pedro Cangrejo y Dolores, su mujer, acompañados

de la señorita Leila y Juanelo, que interpreta un réquiem en su trompeta. El sacerdote reza y echa agua bendita en el camino. Cierra el séquito Chepe, acompañado de Campeón, el perro de la familia Cangrejo. Se cruzan con una joven desnuda, a la que han rapado el pelo; lleva un letrero en la espalda que dice "Por puta y cotorrera". Se encuentra barriendo la calle, no levanta el rostro. Los dolientes pasan de largo, como si no se vieran mutuamente. El cortejo se hace diminuto al final de la calle, la trompeta cada vez más lejana.

Aviso

Celina avanza presurosa, con un canasto de pan en la mano. De pronto, al cruzar el callejón, los hombres que había visto pasar varias veces frente a la iglesia la toman por sorpresa y la tiran al piso. Los panes ruedan por la calle. La mujer emite gritos silenciosos. Uno de los hombres, el más corpulento, se baja la bragueta y la orina, apuntando a su sexo, luego al vientre, al pecho, hasta llegar a la boca.

- ¡Abra la jeta, muda hijueputa!
- A su mozo, el curita, porque seguro es su mozo, me le dice que esta es una advertencia. Que "soldado avisado no muere en guerra" y que es mejor que se calle la jeta.
- Si entendió el mensaje, saboréese pues, muda de mierda.

La mujer, indefensa, vejada, se saborea como le ordenan. Satisfechos, los hombres se marchan. Celina se levanta lentamente, tratando de recomponerse, de recobrar la dignidad; mira el chorro de orina que baja por la calle y desemboca en un pan.



La partida

En su modesta habitación, Celina se encuentra empacando sus pocas pertenencias. Ha puesto sobre el catre metálico una vieja maleta de fuelle, cuyas correas están a punto de romperse. Saca de una cómoda de madera los ganchos de ropa donde cuelgan sus tres vestidos, todos de flores. Los dobla uno a uno cuidadosamente. Lloro silenciosa y sin aspavientos. Descuelga de la pared una foto del padre Tiberio alzando a Eduardito, el día del último paseo de olla. Lo mira, sonríe y lo envuelve en una hoja de periódico. Lo mete en una bolsa plástica y lo guarda en medio de las prendas. Abre un cajón, toma un sostén y tres interiores viejos de resortes deshechos, los dobla y guarda a un lado de la maleta. Abre otro cajón y saca la ropa de su hijo. Dos pares de medias, unos calzoncillos, un pantalón y dos camisas. Va a cerrar la maleta, cuando nota que ha olvidado el cubrelecho de retazos de diversas y coloridas telas. Lo quita, hace un rollito con él y lo guarda. En ese momento, entra el padre Tiberio y la mira sin que ella se percate. La muchacha, llorosa, cierra su maleta, mira hacia la calle corriendo el visillo. No soporta más, llora desconsoladamente. El sacerdote se le acerca y la abraza amoroso, diciéndole que donde su hermana se va a sentir bien; que es una mujer muy buena y está muy agradecida con ella, porque sabe que solo trajo bendiciones a la casa. La muchacha lo abraza y llora sobre su pecho. El la consiente como a un niño.

- No conviene que Eduardito la vea llorando. Haga un esfuerzo. Cálmesese. Es por su bien que la mando para allá. Aquí corre peligro. Esa gente no está jugando y lo que le hicieron es imperdonable. No voy a descansar tranquilo hasta que usted y el niño no estén bien lejos. Esa gente es capaz de todo.

Aterrada, la muchacha se aparta del sacerdote, se sienta en un rincón, acurrucada, indefensa. El sacerdote sigue hablando sin mirarla.

- Por mí no se preocupe. Lo importante es protegerlos a ustedes, son la mejor oportunidad que esa gente tiene para castigarme. Si les hacen daño no me lo perdonaría. Y le repito, por mí no llora, no creo que lleguen a tanto. Acuérdesse que la curia está pendiente, ellos saben que no estoy solo. Pero usted y Eduardito...

Se le acerca, la levanta, le limpia las lágrimas, la sienta en la cama junto a la maleta, acerca una silla, se sienta y le habla frente a frente.

- Las señoritas buenas obedecen a los mayores. Cuando las cosas mejoren, la mando traer. Esto no es definitivo. Solo un tiempito mientras todo se calma, acuérdesse que todo pasa. Mi hermana va a poner a Eduardito en la escuela; cerca de su casa hay dos y ya hablé, se lo reciben en ambas, luego por eso no tiene de qué angustiarse. El trabajo allá es el mismo, le ayuda a mi hermana con el oficio, hace mandados y...

La muchacha lo mira negando con la cabeza.

- Sí, ya sé que ama limpiar la iglesia y que esta casa curial ha sido su casa, pero qué se le va a hacer. Lávese la cara y yo la acompaño a recoger a Eduardito. Duermen hoy donde la señora Aminta y mañana los busco para llevarlos al bus, ¿le parece?

Celina respira con dificultad, intenta controlar su llanto mudo. Mira al sacerdote tratando de recomponerse y afirmando con un gesto.

Acorralados

Se oye lejana la trompeta de Juanelo, que interpreta un toque fúnebre, una y otra vez. En su casa, Aminta y Alfonsito se encuentran en medio del salón vacío; con ellos, la señorita Leila, Chepe Arrieta, su mujer, Celina y Eduardito, sentados, unos en el piso, otros en un par de bancos dobles; Alfonsito de pie junto a la ventana. Sin

los muebles, el salón se levanta lúgubre y la entrada del sol del atardecer parece sombría.

- No me explico, lleva horas tocando.
- La policía se lo llevó con todo y trompeta.
- Voy a ir a la estación.
- ¡Cómo se le ocurre señorita!
- Es inhumano, nadie puede tocar tanto tiempo sin hacerse daño.
- Deben tenerlo bajo amenaza.
- Amenaza de qué, no la asuste, Juana.
- La prohibición era clara, Cruz no nos va a perdonar lo del entierro.
- Vea, Juana, yo soy creyente y no podía dejar solos a mis compadres.
- Pues mire dónde nos tienen su valor y sus creencias, Chepe.

La trompeta suena cada vez más débil. Intempestivamente la señorita Leila va a la puerta e intenta abrir sin lograrlo.

- Usted no va a salir de aquí; nada puede hacer por Juanelo y, en cambio, sí va a lograr enredarnos a todos.
- Don Alfonso, dígame que me suelte, que ya entendí.
- Por favor, Chepe, calma que el problema no es entre nosotros.

Permanecen en silencio, anochece, la reiteración del toque de trompeta se hace insoportable.

Eduardito se ha quedado dormido en los brazos de Celina, que permanece en el piso, mirando a ninguna parte. Al fondo, de pie, permanece Aminta.

- No llore más, Aminta, se lo ruego.
- Al menos déjeme el llanto.
- Se va a enfermar.
- Ojalá me muera.
- No es para siempre. Ya mi hermano llamó, que la niña llegó bien, no se preocupe.

- ¿Cómo hicieron?
- No pregunte tanto, Juana.
- ¡Ah! ¿Es que ya no puedo abrir la boca o qué, Chepe?
- Alfonsito la llevó al basurero en la carretilla con las bolsas de los desperdicios. Mi hermano, el del taxi, la recogió y se la llevó lejos.

La señorita Leila se ha asomado al interior de la casa.

- ¿Y si salgo por la ventana del cuarto?
- Es peligroso, además está trancada, ¿no ve?
- Pero, don Alfonsito, ¿por qué arrumar en ese cuarto las cosas?
- Para quedar aislados, señorita.
- ¿De qué?
- Todos los viernes es un tormento. Cruz llega con sus hombres a la gallera, ponen música a gritos y se agarran a beber hasta que aclara. Si estamos de suerte, tal vez no les dé por disparar al amanecer; por si acaso, estamos acostumbrados a dormir debajo de las camas, puestas una junto a otra en la pieza del fondo.
- Nada nos va a poner a salvo del delirio de esos hombres.
- No empiece con sus cosas, Juana.
- Yo veré qué digo y qué no digo, Chepe.
- La policía se resguarda en su cuartel, como si no pasara nada; eso no lo entiendo.
- Cuando el ejército llegó, tuvimos que “pagar los platos rotos”. Nadie, señorita Leila, nadie nos preguntó si estábamos de acuerdo con que no estuvieran en la zona, y cuando volvieron, éramos culpables.
- ¿De qué?
- No se sabe, pero algo nos cobran.
- Son disculpas, don Alfonsito, lo que quieren es hacer y deshacer.
- ¿Qué ganan con eso, Juana? La cosa no es por ahí.
- Entonces, ¿qué buscan?
- La tierra, señorita Leila. La quieren y para eso necesitan que todo el mundo se vaya. El ejército no volvió solo, no señor. Llegaron montones de hombres y comandados por Cruz, nos impusieron su ley.
- Quién entiende.

Eduardito continúa dormido en los brazos de su madre, que dormita recostada contra la pared; junto a ella, sin decir palabra, se encuentra Aminta en medio de la penumbra.

- La mamá de Juanelo está sola, al menos voy a ir hasta su casa.
- Es mejor que no salga, señorita Leila.
- Esa pobre viejita no se desempeña por sí misma.
- Cruz no sabe que nos escondemos aquí, es mejor no llamar la atención.
- De eso no estoy tan seguro, m'ija.
- Da lo mismo, Alfonso, nos tiene entre ojos.
- Es mejor estar quietos.

Juana camina de un lado a otro.

- ¿Qué pasa?
- Necesito orinar.
- ¡Por favor!
- No hago ruido.
- Agáchese.
- Ya vuelvo.

En ese momento, se oyen voces indefinibles afuera. Golpean a la puerta.

- ¡Juana, venga para acá!
- Me oriné Chepe, me oriné.

Eduardito se despierta asustado y empieza a llorar. Su madre trata de calmarlo, él llora angustiado, Celina le tapa la boca, el niño patalea y poco a poco se calma. Alfonso les indica que se oculten en un armario, la mujer accede; el niño, como comprendiendo, obedece silencioso. La puerta retumba, todos se abrazan tratando de protegerse. Los golpes en la puerta crecen hasta devorarlos.



Fotografía: Ignacio Rodríguez Bejarano

Ordalía

El padre Tiberio está guardando el cáliz en la urna sagrada, oye pasos en la iglesia, voltea a mirar, pero no hay nadie. Se agita su corazón, oye cómo retumba; no se atreve a voltear a mirar de nuevo, los pasos se acercan, echa llave a la urna. Mira suplicante los ojos del Señor crucificado. El Señor lo mira compasivo y doloroso. Los pasos se oyen cada vez más cerca, un puño lo derriba. Al caer, el sacerdote se agarra del blanco mantel, el jarrón de porcelana antigua estalla en mil pedazos. El sacerdote ve caer las flores lentamente sobre el mantel arrugado, le parece oír un canto gregoriano, sus pies arrastran un velero, la vela se voltea, el fuego se extingue.

Eduardito viene del fondo, sus grandes ojos se cruzan con los del sacerdote, que se refugia en los cantos que ahora llegan al clímax. El niño llora silencioso, oculto tras una columna. Pasos que se alejan presurosos.

Llega Celina, sus ojos se detienen en la sotana manchada, tirada en el piso. Descubre a su hijo, mirando fijamente la sangre y orines del padre Tiberio en la baldosa. La sacristana muda grita en silencio y corre por el pabellón central de la iglesia. El niño la ve irse, voltea a mirar y se encuentra con el sacerdote colgado de la reja que protege la imagen del Señor caído; le han atado las manos y los pies. El niño repara en el Señor crucificado y vuelve sobre el padre Tiberio Gaitán, que exhala el último suspiro.

La vergüenza del Caucho

En su cama, Chepe Arrieta; junto a él, Juana vela su sueño. De repente, habla exaltado.

- Sentí rodar sobre mí algo tibio; era rojo, húmedo, penetró rápido

hasta el fondo y toda la noche me sentí asqueado, el olor era insoportable.

- ¡M'ijo, por Dios, no me asuste!

- Conocía los lazos, pero este era distinto. Cuelgan algo de él, me talla, no alcanzo a ver, lo que sea, pesa demasiado.

- ¿Está despierto?

- Mi corteza herida se humedece, de pronto oigo un grito profundo; de poder, me sobrecogería. Un borbotón de líquido granate me empapa.

- ¿Qué dice, de qué habla?

- El frío y el viento terminan por secar esa humedad que no conocía; mi tronco queda manchado y con un hedor inaguantable.

- Chepe, qué le pasa, qué tiene.

El hombre despierta; aprieta la mano de Juana.

- Soñé que era el Caucho, hace muchas noches que me pasa.

- Cállese, son sueños no más.

- Desde siempre conocí ese árbol, jugábamos con los niños de la escuela al que llegara a la rama más alta.

- Ya duérmase.

- Es que era un árbol bueno, sus ramas amortiguaban la caída libre de mi dignidad.

- No deje que los sueños lo enloquezcan.

- "¡Chepe Arrieta cabezón! ¡Chepe Arrieta es un huevón!", gritaban mis compañeros.

- Ya...

- Pero a mí no me importaba, al fin de cuentas, todo era juego.

- No llore, Chepe, ¿quiere agua?

El hombre no contesta.

- Juana, ¿sí oye?

- Cómo no oír.

- Es un lamento.
- Por qué se sugestiona, es el viento.
- Es llanto, viene del Caucho.
- Los arboles no lloran.
- El Caucho sí. Y es que tiene razones.
- ¡Duérmase ya!
- Tengo miedo.
- Vámonos de aquí.
- ¿Para dónde? usted y yo estamos viejos; además de estas cuatro paredes, no tenemos nada.
- Este pueblo parece un pueblo abandonado, los niños ya no juegan, nadie habla con el vecino. ¿Le parece que esto es vida?
- Eso es porque tenemos vergüenza, nos sentimos sucios.
- No podía negarse, lo obligaron, no es su culpa. Además, usted solo transportó la gente a la finca, nada más.
- ¿Cómo cree que me siento? No sabe lo que me obligaron a ver. La señorita Leila, no se imagina. Alfonsito, miedoso como era, se mantuvo firme, no dejó un segundo de mirarlos a los ojos. A la señora Aminta, Cruz le dijo: "váyase a su casa, profesora, que yo con usted vivo muy agradecido por enseñarme *la rana se llama Renata, la rana se llama René*".

Silencio. Se oye el lamento del Caucho y el suave cantar de las hojas.

- Chepe, ese infeliz, o no está muerto, o no descansa.
- ¿Quién?
- Cruz, el que chilla no es el Caucho, es él.
- Eso ni lo piense.
- Cuando no son los gemidos, es el ruido del agua que corre en el baño, como cuando alguien se arroja *totumadas*, o la sombra que se pasea de una habitación a otra mientras barro el corredor.
- No sabe lo muerto que está. Más que muerto.
- Cuando usted estuvo en el hospital, convencí al pastor para que hiciéramos alrededor del Caucho un oficio religioso. Y nada. Los ruidos siguen. Las sombras siguen. La puerta entre el cobertizo y

el corral se sigue abriendo, a pesar de que intento por todos los medios sellarla.

- Nunca nos va a dejar en paz. Lo tengo aquí cuando duermo, cuando me despierto.

- Estoy convencida de que esa bestia sigue viva, pero ahí poquito a poco le voy ganando. Va a ver, m'ijo, que los rezos no son en vano. ¡Que al tal Cruz le gano, le gano! así tenga que bendecir esta casa todos los días y por siempre, hasta el último rincón.

- Yo solo le pido a Dios que me perdone, pero ese demonio se lo merecía, ya sabemos que la ley no iba a hacer nada, nunca.

- ¿Que le perdone qué?

- Es que pasaba el tiempo y con la cabeza abajo nos estábamos acostumbrado a su ley.

- Chepe, no me diga, que usted estuvo allí. No me diga eso.

- Cuando lo cogieron borracho y lo oí gritar suplicando que no le hicieran daño, se me vinieron a la cabeza cosas que no voy a poder olvidar, golpes, llanto y yo allí, mudo, mirando cómo la rabia se cebaba en todo el que hubiera dicho no, o se sospechara que no estaba de acuerdo.

- ¿Tiene las manos untadas de sangre?

- Después de lo del padre Tiberio, mataban simplemente porque sí, porque la bestia lo ordenaba y ya. Sus perros hacían lo indicado de una y mil formas para complacer la lujuria de Cruz. Por eso, m'ija, cuando lo vi allí, cobarde, sin sus escoltas, tembloroso frente a nosotros, armados de palos, piedras y cuchillos, meado en sus pantalones vaqueros y llorando como una niña, pidiendo que lo perdonáramos, no sé qué me paso.

- ¡Dios mío! ¿Por qué no me lo había dicho?

- Fue como si el mismo Cruz nos hubiera poseído, él y su maldad, él y su furia, él y su sevicia; me abalancé y lo golpeé con un palo, con tanta fuerza, que tuvieron que pasar días para que dejaran de dolerme los hombros. Lo que siguió después no puedo repetirlo, quisiera no recordarlo, pero no puedo. Yo soy un hombre bueno, Juana, siempre lo he sido, o al menos lo he intentado; pero en ese momento, fue algo irracional... incontenible... como una explosión del miedo de años, al hacer contacto con la indefensión del verdugo. ¡Perdóneme, m'ija! ¡Dios mío! ¡Perdón!

La carcajada

- No tenía nada que ofrecer; con el vientre abultado, las piernas hinchadas y la cara llena de moretones, el conductor de la chalupa no iba a querer llevarme río arriba. Caminé sin descanso por la trocha más de dos horas, hasta que llegué a un recodo donde se veían las boyas. Me dejé caer sin pensar en nada y cuando desperté, ya no tenía sed. No sabía si lo había soñado, pero un pájaro gigante me había dado de beber pico a boca.

Me despertó el sol ardiente del atardecer; estaba empapada, la cara contra la arena grisácea de la orilla del río. En mi vientre, la criatura se movía inquieta. Recordé que tenía hambre y me senté a llorar. Un llanto irremediable que hasta cierto punto me satisfacía; era como devorar mi dolor, alimentarme de él y alimentarlo con mis lágrimas. Al fin de cuentas, era lo único que me quedaba.

No quería el pasado, tenía que olvidarlo. Pero el futuro, el mañana, el después, se mostraban inciertos. Sola, en medio del sonido del agua contra las piedras, el silencio de los troncos frente al murmullo de las hojas y el andar veloz de las hormigas, yo, Alegría, esperé durante horas; no supe cuántas, entre llanto, sueño, delirio y ansia.

El Montuno me encontró desmayada junto a la criatura con un trozo de cordón umbilical en la boca. Me dio abrigo, jamás me preguntó el nombre, ni yo dije nada; no lo hice en meses. Quisiera hablar, pero las palabras no obedecen.

Una noche, cuando miro dormida a la nada, el Montuno descubre en el fondo de mis ojos lo que ha pasado. Me da de beber y lo miro con asombro. Me aparta el pelo del rostro y lo hace con delicadeza, aunque sus dedos son recios, de leñador, de macho de campo. No tengo miedo, por primera vez, no tengo miedo. Ha cuidado a mi hijo, lo pone en mi pecho y espera en silencio para pasarlo al otro, como si él fuera la madre. Mi niño se prende del seno y lo recorro con la mano; aunque quisiera, no debo ver sus ojos, temo encontrar en ellos los ojos de Cruz. Lo amamanto y me viene el recuerdo de ese hombre chupándome toda, de los pies a la cabeza, desnuda, en una mesa de mantel rojo al aire libre y sus amigotes mirando.

He aprendido a amar así a mi hijo, sin hablarle, sin cantarle, sin caricias, sin mirarlo jamás; él debía vivir, por algo el Montuno nos

encontró junto al río. Mi niño, tranquilo, no mostraba señas de sufrimiento. A él no se habían acercado los insectos ni los gatos salvajes, ni el sol había hecho mella en su piel nueva, ni en sus ojos recién abiertos. Era un varoncito sano y robusto al que el agua bien podría haber llevado río adentro, pero no lo hizo. De no ser porque los recién nacidos no sonríen, habría creído que el *malsembrado* sonreía feliz, a punto de carcajearse

Carolina Vivas Ferreira

Bogotá, marzo de 2016

www.umbralteatro.com



**UNA CARA
VAGAMENTE FAMILIAR**

Manuel Arias Casas



- MANUEL ARIAS CASAS -

Estudios realizados:

- *Taller de Dirección de Cine* - Escuela Internacional de Cine y Televisión, San Antonio de los Baños, La Habana, Cuba
- *Taller de Guion* - Sundance Film Institute, Oaxaca.

Trabajos en cine:

- *Gladyspunto.com* – Guionista y director – Webserie de seis websodios – 2015.
- *La Siempreviva* – Guionista – Adaptación de la obra de teatro, de Miguel Torres, para CMO producciones – 2014.
- *La gente de la Universal* – Escrito con Felipe Aljure.
- *No pongas tus puercas manos sobre mí* – Guionista y dirección – Cortometraje.
- *Bolívar soy yo* – Guionista del largometraje, con Jorge Alí Triana y Alberto Quiroga.
- *No morirás* – Adaptación y guion de la novela de Germán Santamaría, bajo la dirección de Jorge Alí Triana, producida por Tevecine.
- *Ella, el chulo y el atarván* – Mediometraje, producido por FOCINE – 1985.

Trabajos en televisión:

- Director de contenido – CMO – 2013-2014.
- *El Estilista* – Libretista, con Nubia Barreto – Canal RCN. Ochenta capítulos de 1 hora – 2013-2014.
- *Criminal* – Adaptación y guiones de la miniserie – Canal Caracol. Quince capítulos de 1 hora.
- *María* – Adaptación para televisión, con Gabriel García Márquez, de la novela *María*, de Jorge Isaacs – Canal RCN. Doce capítulos de 1 hora.

Premios:

- Beca de Dramaturgia Teatral – *Una cara vagamente familiar* – Ministerio de Cultura, 2015.
- Ganador, Convocatoria FDC 2013. Escritura de guion para largometraje – *Una dentadura a punto de reír y Cometí dos errores*.
- Ganador, Beca Residencias Artísticas México-Colombia, 2003-2004 – Guion *Una pinta que destiñe*.
- Mejor Guion Original – Festival de Trieste, Italia, 2002 – *Bolívar soy yo*.
- Mejor Guion Original – Festival de San Juan, Puerto Rico – *Bolívar soy yo*.
- Convocatoria Ibermedia, 2001 – Guion *Un funeral para los vivos*.
- Mejor Guion Original – Festival Latinoamericano de Rhode Island, Nueva Inglaterra, Estados Unidos, 1994 – *La gente de la Universal*.
- Concurso de Guiones Originales de Largometraje – Festival de Cine de La Habana, Cuba, 1991 – *La gente de la Universal*.

Una cara vagamente familiar

Manuel Arias Casas

Obra de teatro

*A mi hijo, Camilo, por su sentido crítico.
Y para Cira, por su complicidad más allá de las palabras.*

Personajes

DIEGO: exsecuestrado o resucitado

PILAR: su mujer exmujer

ANTONIA: fantasma de Diego

CAMACHITO: el mejor amigo de Diego

RAMIRO: el hermano mayor

JAIME: el marido de Pilar, su ahora exmujer

MILENA: la mujer de Camachito

MARCELA: sobrina de Diego

Prólogo

El interior de una casa confortable. Un día cualquiera, en la mañana. Cada uno de los personajes hace una actividad cotidiana, concentrado y ajeno a los demás. *Ramiro* (48), leyendo un periódico; *Milena* (30), tomando el sol en bikini en una cámara de broncear; *Jaime* (45) y *Pilar* (35), ella sentada en las piernas de él, escuchando música; *Camachito* (42), en una mecedora balanceándose perezosamente mientras toma whisky; y *Marcela* (19), concentrada en un videojuego en su celular.

Entra *Diego* (40), desorientado, dando tumbos y tropezando con muebles y personas a su paso, como sonámbulo. Al verlo, cada uno de los personajes interrumpe lo que hace, y se pone de pie petrificado. Diego llega a una cama ubicada en el extremo del escenario y cae allí, de bruces. El escenario se oscurece por completo y aparecen muchos puntos luminosos, como ojos de animales salvajes al acecho. Se escuchan los sonidos de animales nocturnos de la selva, que pronto se opacan por el sonido de un helicóptero. Un haz de luz, irreal, descubre a Diego que se ha levantado de la cama y mira en torno suyo, sin saber dónde se encuentra. Un ventilador en movimiento con el sonido amplificado de su motor se funde con el sonido de un helicóptero hasta que lo reemplaza. Diego avanza unos pasos hacia el público.

DIEGO

Cuento los pasos, 3117, rancho de palma a la izquierda, 5225, quebrada de agua limpia, se escuchan carros, cerca debe haber una carretera. Es un día cualquiera, pierdo la noción del tiempo. En esas estaba, cuando me dejaron libre como si nada, después de caminar muchas horas, no más de las acostumbradas y sin explicación alguna: “¡Acuérdese! Fue una pesadilla

y las pesadillas se olvidan o se repiten. Lo vamos a estar monitoreando". ¡Babillas! Son carnívoras, viven en ciénagas y pantanos, con los ojos como luces encendidas, siempre al acecho, en cacería. Caminé por entre esas luces, conteniendo la respiración, como si el tiempo se hubiera suspendido y no avanzara, el que avanzaba era yo, sin saber a dónde iba. Seis años en la selva me habían hecho olvidar hasta de cómo me llamo, Diego Padilla. Perdí la sonrisa para siempre. Después perdí mis lágrimas. Se puede vivir sin sonreír, pero no se puede vivir sin llorar.

Las luces se apagan y solo queda la silueta de Diego, que finalmente desaparece.

Escena 1

Pilar (la exesposa)

Diego y Pilar en un fuerte abrazo. Ninguno de los dos encuentra las palabras precisas para expresar la carga de emociones que los embarga. Ella le toma la cara entre las manos.

PILAR

¡Me alegro mucho que hayas resuci... estés vivo! Es lo único que importa ahora.

Él la besa y la abraza con desespero, explorándola, reconociéndola.

DIEGO

¡Cambiaste de perfume! *(Continúa con su exploración)*
¡Te cortaste el pelo! *(Cierra los ojos para aspirar su perfume)* ¡Estás muy guapa!

Incómoda con esta especie de inspección, que más parece una acusación, Pilar tiembla, contrariada con lo que tiene que afrontar. Sin ser brusca, no puede corresponderle.

DIEGO

Quiero recuperar el tiempo que me robaron. Tengo tantas heridas que solo contigo las puedo curar una a una. *(En susurro buscando intimidad)* Mi amor...

Es demasiado compromiso para ella. Le cuesta afrontar la verdad que le debe contar. Diego está encantado de verla, pone música. (La música que escuchaban los dos). Tararea la canción.

DIEGO

No he parado de escucharla mientras venías. Se me agolpan tantas imágenes y colores, que no sé por dónde empezar.

Comienza a bailar, ella se suelta el pelo y lo secunda, por un instante se entienden a la perfección, los movimientos, el sentimiento que les genera esa música, incluso ríen, pero inmediatamente Pilar se interrumpe, no puede. Un sentimiento de tristeza la apabulla. Se recoge el pelo con preocupación.

PILAR

Diego...

Lo toma de la mano y lo invita a sentarse, escudándose en una risita nerviosa.

DIEGO

¿Por qué no trajiste a Valentina?

Pilar intenta mirarlo a la cara como para descubrir en su semblante cuál puede ser la respuesta precisa. Apaga la música.

PILAR

¿Qué te dijeron cuando te liberaron?

DIEGO

¡Nada! Solamente "no mire para atrás y camine sin llamar la atención".

PILAR

Pagamos dos veces por tu rescate, pero nunca te liberaron. Y ahora...

DIEGO

¡¿Dos veces?!

Pilar asiente, se da cuenta de que él no sabe nada. Trata de dulcificar el tono, pero está muy alterada.

PILAR

¡Descansa! Podemos hablar en otro momento, sin afán.

DIEGO

Ya descansé demasiado, sin querer. ¡Obligado!, como si... *(La mira y retoma el tema)* ¡¿Pagaste dos veces para que me liberaran?!

PILAR

¡Sí! A los seis meses de tu secuestro, la primera, y la segunda, un año después.

Diego la mira con curiosidad, como si no entendiera de qué le habla. Luego intenta hacer memoria, pero no lo consigue.

DIEGO

Inicialmente me dicen que mi secuestro es por plata, luego me dicen que es mixto, mitad por plata, mitad político, para presionar un intercambio humanitario por guerrilleros presos, pero en realidad nunca supe más que eso. ¿Cuánto tiempo voy a estar aquí? "Eso no depende de nosotros, depende de su familia", esa fue la única respuesta.

Solo hasta ahora parece darse cuenta de lo que le dijo Pilar.

DIEGO

¿Pagaste por mi liberación hace cinco años y medio y luego, otra vez, hace cuatro, y hasta ahora me liberan?

Se acerca a mirarla como si Pilar hubiera dicho algún disparate y necesitara aclararlo.

DIEGO

¡No tiene lógica! ¿Me lo explicas?

Ella evita mirarlo. Mira en torno suyo como buscando fuerzas para lo que viene.

PILAR

¡Nada tiene lógica!

DIEGO

¿Cuánto pagaste? ¿Quedamos en la ruina?

Pilar se encoge de hombros con gesto ambiguo.

PILAR

Eso no es lo importante ahora.

Lo mira, saca fuerzas de donde no tiene, y expone el tema que la atormenta.

PILAR

Hace tres años, cuando las noticias sobre ti eran nulas, nos llegó la notificación que habías muerto en un bombardeo, en un operativo de rescate. Nos entregaron tus restos y te enterramos.

Diego queda tan pasmado, que permanece inmóvil, incapaz de moverse. La luz que incide sobre él se vuelve brillante, como luz dorada de reflector. Escucha silbidos como si fueran señales convenidas, llamados en clave estilo pájaros, que él responde en espera de establecer una comunicación más larga. No hay respuesta, Pilar lo mira con pesadumbre y a la expectativa. Derrotado, con expresión de dolor, Diego se dirige hacia un punto ubicado fuera del escenario.

DIEGO

Está muy oscuro, hay una ventisca de niebla que me mata de frío.

Pilar se asusta con este delirio, le puede el complejo de culpa por ser la portadora de malas noticias. Se le acerca.

PILAR

Mejor te dejo descansar y vuelvo más tarde, ¿te parece?

Diego le responde a manera de conclusión, de los tantos sentimientos que se agolpan en su cabeza.

DIEGO

Estoy muerto. ¡Muerto y enterrado!

La luz se intensifica gradualmente sobre el lado derecho del escenario donde aparece Antonia (28); se mueve en torno a los dos. Diego la mira, visible para él, pero invisible para Pilar. Antonia estira los brazos hacia él mientras retrocede unos pasos con angustia. Desaparece hasta quedar en la oscuridad. Pilar, sin ver a Antonia, dulcifica el tono.

PILAR

Tienes una segunda oportunidad para rehacer tu vida. Puedes contar con... *(Le cuesta decirlo)* nosotros.

DIEGO

Son extrañas las segundas oportunidades. En realidad, no existen y esta no sé si lo sea.

Pilar no quiere guardarse nada y se lo suelta a quemarropa.

PILAR

Hay algo más.

DIEGO

Además de muerto y enterrado, ¿hay algo más?!
(*Adelantándose, a lo que teme, es una tragedia peor de las ya dichas*) ¿Valentina está viva?!

PILAR

Sí, la niña está bien. ¡Muy bien, de hecho! Dos años después de tu entierro, me volví a casar.

Diego se sacude por una risa entre triste y burlona.

DIEGO

Yo sabía que cuando volviera, si volvía, no me ibas a estar esperando. Ni te molestaste en comprobar si ese cadáver era yo o no. ¡Qué fácil!

PILAR (*defendiéndose, pero también con dolor*)

La identificación de los restos se hizo como corresponde. Con todo el dolor que significó enterrarte, sin poderte volver a ver y después de batallar tanto por tu liberación.

En la parte derecha del escenario, una luz de seguimiento ilumina a Antonia, que camina hasta donde Diego y se detiene junto a él. Tan pronto como él la descubre, Antonia retrocede hacia la oscuridad estirando las manos para aferrarse a Diego, que se levanta y va hacia donde desapareció ella.

DIEGO

No necesité pensarlo demasiado para decirte que sí, que, por supuesto, me voy contigo, no me importa morirme si estamos juntos. Tú dirás cuándo...

PILAR

¡Diego!

Diego vuelve en sí, se da cuenta de que está con Pilar.

PILAR

¿A quién le hablas?

DIEGO

A ti... ¿A quién más?

Ella lo mira con tristeza, trata de dar a su voz un tono dulce que le cuesta.

PILAR

¿Por qué no descansas?

DIEGO

¿No tienes nada mejor que decir? "Por qué no descansas" ¡Ya descansé demasiado! ¿Qué sabes tú de lo que siento?

A punto de ceder a las lágrimas, por tantos sentimientos encontrados, dolor por lo que pasó, alegría por verlo vivo y su situación actual, Pilar se dispone a irse.

PILAR

Fue mala idea venir. Lo estamos haciendo mal, necesitamos ayuda de especialistas. Me siento terrible por tener que decirte lo que te dije, en el estado de vulnerabilidad en el que te encuentras.

Diego impide que se vaya retenéndola de un brazo.

DIEGO

Pagaste dos veces por mi rescate, y cuando ya no me esperabas, te entregaron unos huesos y me enterraste y te volviste a casar. ¿Y eso es todo? ¿Te encantó conocerme? ¿“Me alegro de que estés vivo”? ¡No! Me merezco algo más que eso. Cuando uno ha estado tan cerca de la muerte, más de una vez, supongo que se gana el derecho a ser un poquito egoísta. Te quedas y me escuchas.

Pilar no puede guardar su indignación y le reclama con vehemencia.

PILAR

¿Tu dolor no se puede comparar con el mío porque el tuyo sí fue de verdad y el mío pasajero, de mentiras? ¿Debemos tasar nuestro dolor para saber quien sufrió más? ¿Cuál tristeza nos hace más merecedores de comprensión, amor y solidaridad? Me parece mezquino tener que medir nuestro dolor para establecer categorías. ¡Tú también me escuchas! ¡Me lo debes!

Diego sirve dos copas de vino. Le ofrece una, pero Pilar la rechaza con un gesto.

PILAR

No para mí.

DIEGO

La vas a necesitar.

PILAR

Ya no bebo.

Diego se desconcierta, son estos pequeños cambios los que evidencian que Pilar es, ahora, otra.

DIEGO

¡¿Noo?!

PILAR

Dejé el vino, el whisky apenas sí lo pruebo y excluí el picante de mis comidas. Todo eso me acordaba de ti y me resultaba tan doloroso, que me hacía mucho daño. En el estado que estás, no deberías beber tampoco tú.

DIEGO

No, por supuesto que no.

Y bebe abundantemente de la copa.

DIEGO

Seis años atrás, la carretera está vacía, de un apacible sospechoso. En una curva me encuentro con un retén de la guerrilla. Después de rastrear mis datos en un portátil, un comandante dice lacónicamente: "este se queda". Me sacan de ahí, vendado y amarrado, dentro de una camioneta que transporta alimentos. Luego me meten en una embarcación y después me internan en la selva por una trocha y luego de una extensa caminata, me instalan en un campamento. No me dicen nada y no me permiten hablar. Escucho al responsable del grupo hablando con su comandante por radioteléfono, informándole que ya tienen la mercancía en perfecto estado y disponible para negociar. Cerré los ojos como apagando una vela, con la esperanza de que cuando me despertara, ya hubiera pasado todo.

Diego se toma su tiempo, ordenando sus pensamientos, buscando un hilo conductor para lo que va a decir. Niega con vehemencia a sus nada gratos pensamientos. Pilar a la expectativa.

PILAR

¿Quieres que lo hablemos otro día?

Diego no toma en consideración la propuesta.

DIEGO

Te escribí una carta que nunca te pude enviar. Me enteré luego de que el comandante que autorizaba el envío de correspondencia, la leyó y la consideró contraproducente. Te decía que rehicieras tu vida, que no me esperaras porque creía que nunca iba a regresar y me esperaba únicamente una muerte segura e inevitable, que cuidaras a Valentina y que mi muerte no te generara mucha tristeza, que, si me querías, siguieras adelante con tu vida. *(Se cita de memoria)* "Perdí el apetito, no tengo alientos para levantarme. Estoy cansado de tener esperanzas y de ser optimista con un futuro que no llega. Prefiero morirme a seguir muerto en vida. Soy menos que un cartucho sin pólvora, he dejado de ser un ser humano y soy una mercancía deteriorada y en proceso de descomposición que ya no vale plata. Respira también, mi último aliento para huir". Algo así te escribí en la carta que no te llegó.

Pilar escucha estremecida. Diego pone música, se entristece. Causa un profundo dolor en Pilar, que se cubre la cara con las manos. Niega con un gesto y retira las manos de la cara, las entrelaza retorciéndoselas.

DIEGO

Al comienzo quería oírla una y otra vez para que no se me escapara tu recuerdo ni por un instante. Después, ya no quería oírla más porque me deprimía y terminaba peleando con ellos, exigiendo mi libertad. *(Quita la música)* Pero ahora... ya no es nuestra música. *(Pausa. Un suspiro lo estremece)* Para poder dormir, siempre me quedaba pensando en imágenes de los dos. En cómo transcurrían

tus distintos momentos del día, en cómo te hacía falta y de qué manera me estabas esperando. Se queda uno deseando la muerte, pero es incapaz de matarse porque en el fondo del corazón, uno quiere creer que alguien lo rescatará. Y esa posibilidad es tan efímera como un suspiro. No podía aceptar que no hubieras pagado mi rescate, vendiendo todo, no importaba qué tendríamos que hacer después para recuperarnos. Siempre me pregunté por qué me habías abandonado. Solo hasta ahora tengo la respuesta, te casaste.

PILAR

No, Diego. ¡Así no!

Diego no la deja continuar, mezcla momentos emocionales, sin transición, como si no los pensara y le fuera saliendo así, queriendo, pero sin coherencia.

DIEGO

Estaba en una cueva mientras pasaban los bombardeos en la zona. Me permiten bañarme cada dos días, una hora de sol diaria y extensas caminatas. De vez en cuando me permiten leer o escuchar radio. Para ir al baño tenía a un guardia observándome. No me hablaban de nada, salvo las cosas básicas y me prohibían dirigirles la palabra. Cada vez que escuchaba el llanto, la risa o las voces de niños, pensaba en Valentina, cómo estaría creciendo sin papá. Antes te hablaba en voz alta porque te sentía cerca de mí y no quería comenzar a sentir tu ausencia. Cerré los ojos y me lancé al vacío. Por más que quería, no podía hundirme porque me tenían amarrado. Sabían que no me podía escapar y me miraban riéndose sin hacer nada por ayudarme. Solo escuchaba sus risas burlonas y cuando comencé a tragar agua, tuve unas inmensas ganas de vivir y de morir de viejo. Me sacaron del agua y uno de ellos me dijo: "a ver si se le quitan las ganas de andar jodiendo".

Aparece Antonia, (con su habitual luz irreal que la acompaña al caminar) se ubica junto a él y niega con un gesto. Diego hace caso de esta negativa de Antonia y no es capaz de contarle a Pilar el porqué de Antonia en su vida.

DIEGO

Me dejaron vivo para que me muriera de a poquitos, (*mira a Antonia amorosamente*) aunque en la selva quedó mi verdadera vida, la de antes, la que fue mía de verdad. Porque esta de ahora es tan irreal como un mal sueño.

Pilar lo abraza con desespero. Esta vez, él no le corresponde. La luz que incide sobre Antonia se apaga y ella desaparece en la oscuridad.

PILAR

Te tejí un suéter de lana para enviártelo al cautiverio o para cuando regresaras. En tu entierro se lo puse a tus restos, ahí se fue tejido todo mi amor por ti.

Diego se estremece con esta afirmación. Pilar lo mira con ternura. Se sirve un vino, lo olfatea, lo prueba. Cierra los ojos con ensoñación.

PILAR

Había olvidado por completo a qué sabían nuestros días, nuestra vida.

Diego le acaricia la cara. Ella le retira las manos, sin brusquedad, pero con decisión.

PILAR

A veces fantaseaba con que te enamoras de una secuestrada, si es que había alguna contigo. Otras, deseaba que alguien te quisiera, que te hiciera más llevadero ese infierno. Alguien con quien pudieras

escaparte. Y después, me aterraba porque si mis pensamientos se volvían realidad, no creía que pudiera soportarlo.

Diego se estremece con lo que oye, intenta decir algo, pero se arrepiente, opta por seguirla escuchando.

PILAR

Me di cuenta de que rezar me calmaba...

DIEGO

Pero si tú eres atea.

PILAR

No he dejado de serlo, pero, aunque te parezca extraño, rezar me calmaba.

Pilar deja la copa y comienza a hablar intentando controlar sus emociones, sin conseguirlo. En ocasiones se incorpora y va de un lado a otro del escenario, reclamando, increpando, y luego, cuando se calma, se sienta junto a Diego. En algún momento, él entrelaza sus manos y en otro, le pone el hombro para que ella lllore y se desahogue.

PILAR

Durante meses hablaba contigo. Ensayaba lo que te iba a decir, los muchos reproches que te tenía como si tuvieras la culpa de tu secuestro y luego, como si tuvieras la culpa de no haber logrado tu libertad. Sentir tu presencia me despertaba y, luego, no me podía dormir. Al principio Valentina dormía conmigo y me quedaba largo rato contemplándola mientras dormía, con esa respiración tranquila que da un sueño seguro y profundo. Esperé alguna señal de los secuestradores, pero esa noche no llamaron y no pude dormir. Cuando el sueño y la angustia me vencieron, me quedé dormida en el sofá de la sala. Me

despertó el teléfono. Eran ellos. Acordamos una cifra por tu liberación, una cifra imposible de pagar, pero yo dije que sí, con tal de que te liberaran. Averigüé por los secuestros en la zona, y supe que todos los secuestros de ese año habían durado máximo tres meses y respetaban la vida de las personas. Hablé con exsecuestrados, decían que pasaron mucho frío y la comida era muy mala, pero que los trataban bien. Al escucharlos, creía que tu vida iba a ser respetada. Después de oír al secuestrador que me pidió plata, en la calle, a muchas caras les ponía esa voz. Si alguien me miraba, creía que era uno de ellos con algún mensaje. De manera sorpresiva aparecían y nos hacían saber que conocían hasta nuestros más mínimos movimientos. Era como estar en cuidados intensivos permanentemente. Acudí a la fiscalía, al zar antisequestro y lo único que me decían era que no hemos debido pagar el rescate y tampoco ocultar el secuestro. Traté de buscar un contacto directo con la guerrilla, pero no fue posible, se negaron y me amenazaron. En la angustia de la espera, la búsqueda de contactos con los captores y el silencio absoluto, me consumía en la incertidumbre de saber si estabas vivo o muerto y si ibas a regresar algún día.

Aparece Antonia, (bajo su luz singular) se sienta junto a ellos, conmovida con el relato de Pilar. Visible para Diego, pero no para Pilar.

PILAR

Te buscaba en la cara de cada persona que salía libre de un secuestro. Me recetaron antidepresivos y a veces tomaba más de los necesarios. Quería aturdirme para no pensar, para no sentir nada. Cuando supe que habías muerto, ya no me quedaban lágrimas y, sin embargo, lloré. Lloré en silencio, con rabia contra el mundo. No era justo, pero no tenía a quién reclamarle nada. En ese momento quise morirme, pero la vida sigue. Con el transcurrir de los días, comencé a sentir alivio. Estabas muerto y ya no te podían hacer más daño. Pero estaba inmovilizada,

no era capaz de trabajar, no era capaz de ver a nadie. Mi vida había muerto contigo. Solo me refugiaba en Valentina. Para recordarte, preparaba los platos que te gustaban, pero terminaba llorando mientras me comía todo y luego vomitaba. Nunca más volví a preparar algún plato que me hiciera recordarte. La noche de tu muerte llovió con rabia, las calles estaban inundadas, muchos techos se habían caído, los truenos habían secado árboles, había ramas y troncos de los árboles heridos, tirados por ahí. Nos entregaron una bolsa con unos restos, eras tú, según dijeron, muerto en un bombardeo.

Antonia se retira y desaparece cuando la luz que la sigue se apaga y la zona del escenario donde se detiene, se apaga. Diego se sacude por un sollozo, la abraza. Pilar solloza un instante y cuando se calma, se limpia las lágrimas y continúa.

PILAR

Insensiblemente me fui deshaciendo de nuestras simples cosas, como eso de verte con la luz de la mañana cuando recién te despertabas, porque sencillamente te veías lindo. En mi duermevela o cuando lograba vencer el insomnio, sin saber exactamente en qué realidad me encontraba, quería susurrarte todo lo que te extrañaba. Tuve que quitar tu almohada porque me trasnochaba pensando y pensando cómo estarías y cuándo volvería a verte. Todo me conducía a ti, las calles, los restaurantes, los cafés, el cine, un parque y la casa que se había vuelto muy cargante. En cada rincón estabas tú y en mi delirio diario escuchaba tu respiración. Te has convertido en una minúscula luz lejana, rodeada de oscuridad. Y en esa oscuridad, aparecen otras fuentes de luz, personas, hábitos y... nuevas sensaciones que te dan vida. Así apareció Jaime, sin estarlo buscando.

Diego, conmovido con el relato, intenta besarla. Ella se lo impide; Diego se da cuenta del despropósito y se disculpa con un gesto.

PILAR

No puedo... no quiero... volver a verte. Nos haríamos mucho daño. Mi nueva historia es otra cosa, otras costumbres, otros detalles. Tu aparición es dolorosa, me recuerda una vida que difícilmente logré enterrar y no quiero revivir.

DIEGO

¿Temes serle infiel a tu marido?

Pilar lo mira con ira y reproche. Él se incomoda por haber dicho algo que lo hace sentir mezquino.

PILAR

Nuestra historia ya fue. Murió entre llamas y cenizas. Nunca le dijimos la verdad a la niña para no crearle falsas expectativas y no hacerle daño. Ella creció creyendo que Jaime es su verdadero papá. ¡Se adoran esos dos! No ahora, pero con el tiempo, cuando estés lo suficientemente fuerte, tenemos que construir la posibilidad de que Valentina tenga dos papás, sin maltratarla. Marcela es un pedazo de ti. Siento que es como mi hija. Una hija que adoptamos los dos. Quería venir, pero acordamos que era mejor que yo viniera sola.

Diego se aparta de ella como para reflexionar sobre el peso de esta conclusión a la historia de los dos.

PILAR

Tuve una paciente que cuando llegó, andaba con la cabeza inclinada, tenía el tic de ponerse las manos sobre la boca, con gran vergüenza. Tenía los dientes muy torcidos y se burlaban de ella; le hice una ortodoncia difícil pero que resultó efectiva. Cuando le quité los *brackets*, se puso a llorar, no pensó que su autoestima pudiera cambiar tanto. Ahora camina

altiva y el tic de ponerse las manos en la boca le pasó inmediatamente. ¡Y yo sin poder tener una sonrisa! Cuando mis pacientes me sonreían con gratitud, ese era el mejor pago que tenía. Sí hay segundas oportunidades, no las desperdicias.

Para no ceder a sus emociones, Pilar se incorpora de un salto y decidida se va sin despedirse ni mirar atrás. Las luces bajan de intensidad y descubren a Antonia que avanza hasta primer término y se dirige al público. Diego se acerca y se detiene a prudente distancia.

ANTONIA

Con el mundo que conozco hecho pedazos a mi alrededor, no habrá precio que no quiera pagar, pared que no pueda escalar ni frontera que no quiera cruzar, para encontrar refugio y tener una segunda oportunidad, un final diferente al que me espera.

Antonia regresa a su zona de sombras. Diego agarra el celular, pero no se decide a llamar. Finalmente lo hace, está muy ansioso.

DIEGO

Necesito saber, con absoluta seguridad, con total certeza, si la sigo buscando o no. ¿Qué pasó, cómo pasó y por qué? No hace falta que me lo aclare, si no puede o si no quiere verse comprometido. Ayúdeme con eso que usted puede, por la tarifa que ya establecimos. Quiero una respuesta veraz y directa. Quedo atento.

Abrumado por el peso de la incertidumbre, se queda inmóvil. Las luces van desapareciendo progresivamente en torno a él, hasta que todo queda oscuro.

Escena 2

Camachito (el mejor amigo)

Diego está al teléfono intentando una conversación, pero no tiene buena señal.

DIEGO

¿Hace cuánto la vieron en Anzoategui? Aló... ¿Aló?
Alóoooo...

Entra Camachito con los brazos extendidos para darle un abrazo. Diego corta la comunicación y guarda el teléfono como si lo hubieran descubierto haciendo algo indebido.

CAMACHITO

¡Hermanito Diego! ¡Me alegra tanto que estés vivo!
Que hayas resucitado, vamos pa delante.

Diego le corresponde el abrazo sin mucho entusiasmo.

DIEGO

¡Camachito!

CAMACHITO

Mira lo que te traje. *(Es una botella de whisky de malta 18 años)* Ya se consigue acá, no es necesario comprarlo de contrabando. En seis años este país ha cambiado muchísimo. Se ha vuelto un buen vividero.

Diego mira la botella, pero no le despierta ningún interés.

DIEGO

Gracias.

La deja por ahí. Camachito se molesta al ver el poco entusiasmo que le genera el regalo.

CAMACHITO

En otra época, un whisky como este te hubiera arrancado, al menos, una buena sonrisa. ¿Te secuestraron también el buen gusto por allá?

Diego lo mira con indignación. Camacho le palmorea la espalda con gesto paternal, mientras ríe divertido de lo que considera un buen chiste.

CAMACHITO

¡Déjate mamar gallo, hombre!

Sin decir nada, abre la botella de whisky y se sirve. (A partir de entonces, bebe cada tanto hasta que se acaba la botella, sin ofrecerle a Diego).

CAMACHITO

¡Lo que me merezco carajo!

Suena el teléfono con insistencia. Es el sonido de una gallina.

CAMACHITO

¡Noo! ¿Otra vez?

DIEGO

¿Quién?

CAMACHITO

¡La vieja hijueputa esa con la que me case! (Se dirige al público avergonzado, como si fuera un actor al que se le olvidó el texto). ¡Perdón! La mamá del niño. (A Diego) ¡Es insoportable, pero no me voy a

divorciar nunca! Soy incapaz de condenar a mi hijo a que crezca con padres divorciados.

Bebe otro trago exagerando los sonidos para expresar que le gusta mucho.

CAMACHITO

Apoyé a la familia, en especial a Pilar, incluso indagando por mi cuenta para poder liberarte. ¿Sí te contaron? Pero mi entusiasmo me lo acabaron muy pronto y se me convirtió en tristeza. No había nada más qué hacer que esperar un rescate por la vía militar.

Esta vez sirve dos copas, una para él muy llena y otra para Diego, pequeña. Diego está sorprendido, este no es el amigo que tenía, ha cambiado mucho. Camachito hace una pregunta tras otra, sin pausas, como si no le interesaran las respuestas.

CAMACHITO

¿Nunca intentaste fugarte? Aunque te mataran, pero al menos morir en el intento. ¿Y sobornar a uno de los captores? ¿Intentaron adoctrinarte? ¿Había cultivos de coca? ¿Cómo era un día tuyo? ¿Dejaste de creer en Dios?

Bebe otro sorbo de whisky, se quita la chaqueta, achispado con el whisky que se ha tomado rápido. Tiene una pistola al cinto. Diego se da cuenta, no le gusta.

DIEGO

¿Estás armado?

CAMACHITO

Sí, pero con salvoconducto. ¡Porte legal de armas para la legítima autodefensa!

Le muestra el salvoconducto al público, como si se tratara de una pancarta que deben ver, regodeándose en la licencia para portar armas.

CAMACHITO

Yo no me dejo secuestrar ni robar, primero me hago matar y me llevo unos cuantos por delante.

Camacho pasa el arma de una mano a otra, exhibiéndola. Se la muestra a Diego para provocarlo. Diego la mira como si fuera cualquier cosa, sin ningún interés. Camachito coge el arma y después de exhibirla una vez más, se la pone al cinto.

CAMACHITO

Te da poder, te da fuerza, te sientes seguro y capaz de enfrentarte a lo que sea. ¡Nadie se mete contigo! Te tienen respeto primero, y miedo después.

Diego sonrío con ironía. No le impresiona nada lo que dice Camachito, que ahora, le pone pasión a su relato.

CAMACHITO

El que tiene las armas es el que manda. El comandante me dijo: "vamos a una misión que le va a gustar". La adrenalina que se siente en un helicóptero de combate es indescriptible. Tuve que cerrar los ojos por un momento para disfrutar mejor el sonido de las bombas. Cuando aterrizamos, todavía se sentía el olor a carne humana chamuscada. (*Aspira aire como si así recordara mejor aquel momento*). Un olor a... ¡triumfo! Es de las experiencias más fantásticas que he tenido en mi vida. ¡Todavía escucho la música del tiroteo!

Diego lo mira indagándolo, como si no lo conociera, con cierto hastío también.

DIEGO

¿En qué te convertiste?

CAMACHO

En un tipo trabajador que progresa. La pregunta ofende.

DIEGO

Has cambiado. Lo suficiente como para que ya no te conozca. De cuándo acá te entró ese aire de superioridad.

CAMACHITO

Uy, perdón... me lo volvieron moralista por allá. Todos hemos cambiado. En mi caso, he cambiado para bien. El que ha cambiado para mal eres tú. Tienes un exacerbado complejo de don perfecto, pero eres muy ingenuo si de ver el futuro se trata. Eres tolerante y comprensivo y siempre le buscas explicaciones y excusas psicológicas al comportamiento humano.

Suena el teléfono con el sonido de una gata en celo. Con un gesto le indica a Diego que ya siguen la conversación y contesta.

CAMACHITO

Hola, mi amor divina... Aquí con mi amigo, Diego, el secuestrado, yo te conté, sí, ese, tiene unos cuentos buenísimos y estamos aquí conversando y tomándonos unos whiskys. No, hoy no. Mañana temprano voy a desayunar a tu casa. Sí, un besito, te quiero, amen. (A Diego) ¡Liliana! Es la mejor amiga de mi mujer, me la saqué a vivir juiciosa y bien. Me alegra tanto como lo que la otra me amarga. Ya sabes, el yin y el yang, una especie de equilibrio.

Bebe otro sorbo de whisky y mira a Diego, indagándolo.

CAMACHITO

¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Los dueños de la finca que administraba no veían con buenos ojos mi labor con los campesinos y me cuestionaban por comunista. Comunista yo, imagínate. Pero no pasó de ahí, continué con mi trabajo como administrador de la finca. De 25 hectáreas que tenía, pasé a 2000 hectáreas. Todas legalizadas, claro. Fue un negocio de ocasión. Compraba 20, 30, 10 hectáreas y de inmediato las convertía en una única propiedad que permitiera unificar manejo e inversiones. Traje búfalos y ganado Brahma. La producción se quintuplicó en estos seis años. Obvio, no es gratis, yo les hago asesorías y planes de producción, pero no es nada comparado con el beneficio que obtengo.

DIEGO

Y seis años después, eres un terrateniente en las zonas donde antes ayudabas a los campesinos a quienes ahora desprecias, porque consideras que...

Camachito no lo deja terminar y completa la charla.

CAMACHITO

Mis aportes eran tiempo perdido. Finquitas de nada, pequeñas, incluso medianas, pero ahí no había desarrollo ni progreso. El nivel de ignorancia de los campesinos no les permite progresar. Están acostumbrados a que les den todo, pero trabajar, ellos no. En cambio, los subsidios de los programas para apoyar a los empresarios sí generan empleo y hay desarrollo. Mientras que los campesinos, lo único que producen es pobreza. Entre más uno les ayuda, más traidores son. Les fascina emborracharse con licores adulterados y pelean con las herramientas que tienen para trabajar. Y al otro día, sin saber por qué hicieron lo que hicieron, matar o herir a algún vecino o familiar, rezan y así creen que son absueltos de su

responsabilidad. No les dedico un minuto más de mi tiempo ni porque me paguen.

La decepción de Diego es evidente, pero no lo manifiesta con brusquedad sino con hastío.

DIEGO

¡Es tan irreal!

CAMACHITO

¿Qué, el secuestro o la libertad?

DIEGO

No, ustedes. Nosotros todos. Qué pasó con eso de: "mi ayuda a los más vulnerables". Compartíamos el sentido del humor, el amor por la vida, por vivir de nuestras profesiones y disfrutarlas al máximo.

CAMACHITO

¡Me estás acusando injustamente! ¿Qué esperabas encontrar después de seis años, y sobre todo después de muerto y enterrado? ¿Qué estuviéramos aquí esperándote con lágrimas y lamentos? Yo lamento mucho lo que te pasó, pero la vida sigue, para bien o para mal, pero sigue. Me sorprende tanto que no quieras vengarte. ¿De verdad no quieres vengarte? ¿Me le lavaron el cerebro o qué?

DIEGO

Deja de decir pendejadas que ni entiendes.

El teléfono de Camachito los interrumpe.

CAMACHITO *(al teléfono)*

¡Quihubo Bazuquerito! ¿Ya llegó? Ya bajo... *(A Diego)* Bazuquerito es mi chofer, ¡una güeva! Pero buena gente y es de confianza.

DIEGO

¿Y le dices “Bazuquerito”?

CAMACHITO

De cariño. Es que siempre lo confundía, Vitaliano, Bercelino, Marcolino, Barcino... por esa costumbre amable de acordarme de los hijos. Tiene como 10 con tres mujeres distintas. ¿Sabes cómo le digo a mis dos guardaespaldas?

A Diego no le interesa, Camacho se lo dice igual.

CAMACHITO

La libertad y el orden, porque son mi escudo.

Ríe de forma exagerada como si hubiera hecho un buen chiste.

DIEGO

¡Qué chiste tan pendejo!

Entra Milena, contoneándose y descalza.

MILENA

¡Hanny! (*Indignada*) ¡Uy no, pues, se instaló el gentleman!

Camachito se agarra la cabeza con las manos.

CAMACHITO

¡La mamá del niño!

MILENA

¿Usted es que me va a dejar ahí plantada haciendo visita con sus guardaespaldas y con Bazuquerito? Ya ensayé todo tipo de risas para los chistes tan malos que se saben. Jajajá, jejeje, jojojó y me aburro.

Bazuquerito ya fumó por mí medio paquete de cigarrillos, porque a mí me hace daño. Los escoltas ya me embolaron los zapatos dos veces. Me-a-bu-rro. Nos vamos ya, Camacho. (*Descubre a Diego y le da la mano*) Mucho gusto, Milena Porras de Camacho. Usted es el secuestrado, ¿cierto? Ups... me imaginé verlo todo barbado, de mecha larga y con greñas, medio palúdico o en los puros huesos, pero no. Hasta bien repuestico se ve. (*Se desentendiendo de él como si nada*) Si se va a demorar, por qué no avisa, bobo pendejo.

Intenta tomar de la botella, pero Camacho la agarra y la esconde.

CAMACHITO

¡No, Milena! Usted sabe que le sienta mal.

MILENA

¿Quiere que me emborraque con usted de verdad?

En un descuido, Milena le rapa la botella y bebe un trago.

CAMACHITO

Para qué toma trago fino si se emborracha de forma tan ordinaria. (A DIEGO) Baja como dos estratos.

MILENA

Con todo lo que yo sé de usted, le conviene que me lleve por las buenas. ¿Quién lo salvó de las garras de la fiscalía cuando lo acusaron de usurpador de tierras? (A Diego) Me escrituró unas tierras y yo las dividí en pequeños predios y los repartí provisionalmente entre mis primos. ¿Cómo es que le dicen? ¡Testaferrato! Eso, le serví de testaferra, luego englobó todos esos predios en uno solo y hoy es el feliz propietario. ¡No niegue, Camachito! Otra cosa es que uno no diga nada por no perjudicarlo.

CAMACHITO

Esas acusaciones son una vulgar calumnia y usted lo sabe.

Milena se ríe burlona.

MILENA

Es tu amigo, no creo que te vaya a denunciar. Además, con qué pruebas. ¿Cierto, mi Dieguis?

Bebe con abundancia.

MILENA

¿Viste mi perfil en el *face*? Tengo 80 000 seguidores desde que uno de mis videos se volvió viral. Imagínate que me detuvieron conduciendo borracha y yo le dije al toambo, "¿se va a hacer dañar o qué? ¡Toambo pobretón! Lo que usted se gana en un año yo me lo gasto en un día, toambo igualado". ¡Y más encima bravo! *(Ríe divertida, de forma exagerada)* Un sapo, de esos que nunca faltan, me estaba grabando y lo puso en internet. Si vieras, la gente en la calle me pedía autógrafos. Por eso me fascina insultar toambos. Cuando me graban, claro. La última vez, le dije a Bazuquerito que me grabara, aunque al muy pendejo le quedó el audio pero no la imagen. Lo atropella la tecnología al pobre. Camachito lo recogió de la calle, con una mano adelante y otra atrás y la pata al suelo, le debe hasta el aire que respira, pero es buena gente y muy humilde, eso sí.

Milena bebe un trago pequeño, tose y como si se calmara tomando más, da un gran sorbo.

MILENA

¿Ya le contó que la amante que tiene es mi mejor amiga?

DIEGO

No he tenido el “placer” de saber ese tipo de intimidades.

MILENA

Sí, me engaña con ella desde nuestra luna de miel. Claro que Liliana, muy querida y todo, me lo advirtió: “Su marido no hace sino coquetearme”. Un día me va a agarrar borracha y (*Golpea una mano sobre la otra*) ¡tan! “Voy a caer, voy a caer”. Y la muy perra cayó. Le bailó la danza del vientre y este se le apendejó. Claro que esa no le salió gratis, ¿cierto, Camachito? Todo lo que pido, lo consigo hoy, no mañana.

CAMACHITO

Milena, por favor, no seas tan ordinaria.

MILENA (*ríe burlona*)

Ay Camachito, no me haga hablar si no quiere que su amigo se entere quién es el ordinario en esta relación.

Camachito intenta quitarle la botella, pero no lo consigue. Milena amenaza con golpearlo con la botella.

MILENA

No me quite protagonismo cuando me emputo, porque cuando me emputo, yo soy la protagonista y usted es un simple extra.

Bebe de la botella. Camachito le pone su vaso para que le sirva. Ella le sirve, pero no suelta la botella.

CAMACHITO

Yo quiero tener otro hijo, pero como esta no quiere, me va a tocar por fuera.

MILENA

¡No pienso tener otro hijo ni cagando!

DIEGO

“¡Qué poesía!”

MILENA

¿Ya le contó cómo nos conocimos? Ese día yo trabajaba de *bar tender*, había muchos viejos con plata, de donde escoger no era problema. Este me pidió un whisky fino y como no había, le di uno chiveado. Me lanzó una mirada agresiva de “yo te conozco”. Y a mí me pareció tan sensual, que me enamoré de una. El resto no se lo puedo contar porque es muy pornográfico y me da pena. Cierto, mi amor.

Bebe de la botella. Camachito no se lo impide, ya resignado al dominio de la situación que tiene Milena. Diego la escucha burlón, de cierta forma le divierte.

MILENA

Yo trabajaba como impulsadora de turismo VIP en el Caribe, hasta que este me sacó a vivir juiciosa. Yo sentí que me miraba con amor. Nadie me ha mirado así, ni siquiera a mis 18 años y con vestido de baño. A veces extraño ese mundo tan excitante, sabe, pero por supuesto, ahora está mi hijo. Soy otra... y la mejor mamá del mundo, ¿cierto, Camachito?

Se acuerda de algo. Le entrega unos cuantos billetes que Camachito rechaza.

MILENA

El cambio del parqueadero. No sé qué hacer con tantos billetes de tan baja denominación.

CAMACHITO

Por qué no los ahorras para comprarte unos buenos modales.

MILENA

¿Y gastármelos en usted? ¡Olvídese! (*Mira a Diego como si apenas hasta ahora, lo descubriera*) ¿Y cómo me lo trataron por allá?, cuente... cuente.

DIEGO (*molesto, reacciona con ironía*)

Hablar de ese tema me deja un ligero saborcito a popó que no me gusta.

Milena ríe a carcajadas como si hubiera oído el mejor chiste.

DIEGO

¿Quiere algo de pornomiseria? Comía popó al desayuno, al almuerzo y a la comida, y lo que me sobraba lo guardaba para poder hacer calentado al día siguiente.

MILENA

¡Uich! cómo es de agresivo su amigo. (*A Camachito, decepcionada*) Así no es como usted me lo describió. Claro que uno por allá sí debe cambiar mucho.

DIEGO

¡Es una experiencia inolvidable! ¡Te la recomiendo!

Milena no capta la ironía. Se concentra ahora en Camachito, con una mirada cómplice, de coqueto desafío, lo atrapa en su nuevo juego. Corre como huyendo de él y se detiene poniendo las manos hacia delante para evitar estrellarse con una pared imaginaria y sacando el culo hacia atrás. Camachito llega hasta ella fascinado y le da una palmada en las nalgas. No es agresivo, es sensual. Ella lo mira coqueta. Se pone un dedo entre los dientes, posando desafiante.

MILENA

¡Más!...

Corre en sentido inverso y se detiene poniendo las manos hacia delante para evitar estrellarse con una pared imaginaria y sacando el culo hacia atrás. Camachito, detrás, se resbala y cae, pero no se sabe si hace parte del juego o realmente se cayó. Milena, decepcionada, se gira hacia él, despectiva. Camachito se incorpora.

MILENA

Todo a medias, ¿no, Camachito? *(imitando a Ramiro)*
¡Qué falta de clase, aunque sea clase media!

De pronto, sin mediar nada que lo justifique, agarra a Camachito del cuello.

MILENA

Hoy me confesé con mi pastor y le conté lo mal que me tratas.

Camacho abre el maletín y saca un revólver. (Conserva el que tiene al cinto)

CAMACHITO

¡Para que aprendas a no ser tan chismosa!

Le dispara tres veces. Milena se desgonza.

DIEGO

¡Camacho!

Camacho no se inmuta con la protesta de su amigo. Agarra a Milena de los pies y la arrastra en círculo. Después de una vuelta la deja tirada como si nada.

CAMACHO

Son de salva, lo que pasa es que a esta le fascina morirse de a poquitos.

Milena vuelve en sí, poco a poco, adolorida por los impactos de salva. Camachito le apunta con el arma con salvoconducto.

CAMACHITO

La próxima vez es en serio. Tengo salvoconducto, ¡acuérdense! No me obligan a pagarla.

Guarda el arma en el maletín y se pone al cinto el arma con salvoconducto. La ayuda a incorporarse y le habla amorosamente.

CAMACHITO

Mi amor divina...

MILENA

Qué, mi cielo.

CAMACHITO

¿Tú sabes que te adoro?

MILENA

Sí, yo también te adoro.

Mira a Diego como si se tratara de un bicho raro. Luego, se dirige a la salida. Se acuerda de que no se ha despedido de Diego y regresa. Le da la mano.

MILENA

Mucho gusto, me encantó conocerlo.

DIEGO

El "gusto" es mío.

Camachito se toma el último trago y la botella queda vacía. Se va con Milena sin despedirse, tomados de la mano. Diego se queda mirando un punto fijo, un tanto aturdido. Camachito regresa, lo saca de su ensimismamiento.

DIEGO

¿Y la mamá del niño?

CAMACHITO

Ya me deshice de ella. Se va a comprar cosas inútiles. Luego las regala. Unas por otras, es muy buena mamá, ¿sabes? Se encarga del colegio y de todas las cosas del niño, las reuniones de padres y todas esas jarteras. Claro que yo le enseñé a disparar y a jugar fútbol. Esas cosas de hombres, obvio, no se las dejo a ella.

Camachito se toma el trago de Diego, que es el único que queda porque la botella ya está vacía.

CAMACHITO

Una vez yo vi en una revista unas fotos de unas guerrilleras y estaban rebuenísimas. ¡Que viejas tan arrechantes! Llenas de armas y explosivos por todas partes. *(Como si se pusiera en el lugar de Diego)* ¿Seis años sin sexo? Yo no podría. ¿No pediste una prepago? Al fin y al cabo, tú valías mucha plata. ¿Hay mucho marica como dicen? ¿Te comiste a alguna guerrillera?

Al notar que a Diego le disgusta el tema, insiste regodeándose.

CAMACHITO

Yo sí me comí una. Estaba más en el otro mundo que en este. Gritaba de dolor como animal en sacrificio. Sentí cómo le hacía daño porque sangraba por los orificios de las balas, y me dio tanto placer que es de los mejores polvos de mi vida. *(Ríe)* ¡Meentiiira! Yo sería incapaz.

Es posible que sea verdad y le genera placer negarlo. Diego está visiblemente disgustado por la sordidez de Camachito, pero no sabe cómo ponerle fin a esto.

DIEGO

Hace unos años sí, ¿ahora?, no creo.

CAMACHITO

Varios de nosotros te creímos un tipo destinado a la grandeza y fue muy decepcionante descubrir que eras del montón. Ibas más adelante que nosotros, incluso te envidiábamos, pero no eres más que un megalómano. Te comportas como si nosotros hubiéramos tenido la culpa de tu secuestro.

DIEGO

No quiero tu puta compasión.

CAMACHITO

No la tienes porque no la mereces.

DIEGO

¿Qué clase de amigo eres?

CAMACHITO

¡El que perdiste! ¡Ese, ni más ni menos! El que ya no es.

Diego no lo oye, no le importa. A Camachito le da lo mismo, está más interesado en hablar de sí mismo. Diego se arrellana en una silla y sube los pies descalzos sobre una mesita. Comienza a cabecear y se queda dormido, a mitad de monólogo de Camachito.

CAMACHITO

Un día, sin previo aviso y sin ningún antecedente, los guerrilleros llegaron a mi oficina a exigirme el 20% de

mi salario mensual. Controlaban la zona y como buen ejército de invasión, controlaban hasta las lluvias. Me prohibieron ayudar a los campesinos en la mejora de sus cultivos y controles de plagas, mis ayudas eran únicamente para los campesinos que ellos seleccionaban. Los tenían censados, controlaban su vida pública y privada. Nadie podía entrar o salir de la región sin su autorización. Luego, comenzaron a cobrar por dejarme trabajar, además del 20% que ya me quitaban. No quise trabajar en esas condiciones y hui. Me cambié de región, pero colaboré, eso sí, con información. Quiénes eran colaboradores de la guerrilla, quiénes trabajaban con ellos, quiénes eran milicianos y con quiénes tenían negocios. La región se volvió cocalera y llegaron los paramilitares. Hubo varias masacres y muchos desplazados. Son un mal necesario, aunque reconozco que se les fue la mano en masacres, pero bueno, eso ya pasó y simplemente fueron daños colaterales. Impusieron el orden que se necesitaba, quien protesta es un enemigo, quien se opone es un cadáver.

Al verlo dormido, Camachito reacciona con perversidad. Encuentra una cuerda y le amarra las piernas. Luego lo llama haciendo bocina con las manos. Al verse amarrado, Diego grita aterrado. Su primera reacción es liberarse de las cuerdas, pero no puede. Descubre donde está y se calma, pero se indigna con Camachito.

DIEGO

Afortunadamente para ti nunca has estado encadenado.

CAMACHITO

No sabía que me lo hubieran tenido amarrado. ¡Cómo iba a saber!

Diego aprieta los puños con ira, ya no lo soporta más.

DIEGO

¿En qué momento te volviste un hijueputa? O ya eras, pero no habías tenido la oportunidad de ejercer.

Se le bota encima, ruedan por el piso y dan una voltereta. Camachito lo encañona con la pistola.

CAMACHITO

No me obligues a usarla.

DIEGO (desafiante)

¡Úsala! ¡Úsala si es que eres capaz! ¡¿No que eres un matón?!

Camachito es incapaz de disparar.

CAMACHITO

Si te quieres suicidar, no me uses de instrumento.

Se miran retándose. Diego lo inmoviliza con un par de movimientos de defensa personal, le puede quebrar un brazo o torcer el cuello, pero no lo hace. Le arrebató el arma y la descarga con mucha propiedad. Camachito se asusta al ver esta destreza, se apodera del arma, la carga y se la pone al cinto.

Camachito se retira y Diego se sienta para calmarse. Mira en torno suyo, silba la clave que tiene con Antonia para comunicarse, pero no obtiene respuesta. La luz de seguimiento a Antonia, la busca por el escenario sin encontrarla. La busca entre el público y tampoco la encuentra. La luz desaparece sobre el escenario vacío.

Escena 3

Ramiro (el hermano)

Diego escucha las explicaciones que Ramiro le expone con propiedad.

RAMIRO

“Hombre en estado de carbonización cuya causa de muerte no pudo establecerse por autopsia”. Ante un dictamen tan contundente, ¿cómo lo cuestionas? ¿Con qué elementos de juicio se puede refutar algo así?

Diego es incapaz de contradecirlo, retraído como está. Impulsado por esta actitud, que suena a que lo disculpa, Ramiro se entusiasma a hablar.

RAMIRO

Ese día sentí que algo terrible iba a pasar, el aire era difícil de respirar, había una atmósfera como de tragedia y no podía hacer nada por evitarlo. Cuando Pilar me contó que te habían secuestrado, no sé cuánto tiempo tardé en reaccionar. Me repetía una y otra vez, sin creérmelo: ¡secuestraron a mi hermano! Me dolió mucho que hubiéramos peleado y que me consideraras ventajoso y poco solidario. Desde entonces hasta ahora, me mortificaba demasiado.

DIEGO

Después de lo que pasó, ¿qué importancia tiene eso?

RAMIRO

Tienes mejor semblante. ¿Qué dijo el médico?

DIEGO

Ningún órgano vital dañado. Solo me recomendó descansar, hacer deporte y fundamentalmente ocuparme en algo.

RAMIRO

¡Qué buenas noticias! Llegué a preocuparme por si traías paludismo, leishmaniasis o algo así. ¿Qué quieres hacer?

DIEGO

No sé todavía... Cerrar los ojos.

RAMIRO

Hay cosas que no sabes y tal vez no sea el momento de saberlas. Descansa y cuando quieras, hablamos de lo que sea.

DIEGO

Ahora o más tarde me da igual.

RAMIRO

Para tu primera liberación nos gastamos todo tu patrimonio y parte del mío. Setecientos millones pedían por tu rescate. La cifra inicial fue de mil millones y acordamos con Pilar conseguir un negociador porque para nosotros era muy difícil negociar y el tipo lo logró, nos rebajaron a setecientos. (*Con admiración*) Muy organizados esos tipos, nos llamaban de teléfonos diferentes, celulares robados o comprados solo para usarlos con nosotros. Imposibles de rastrear. Nos iban indicando la ruta sobre la marcha. Llegamos a un descampado y nos indicaron dejar el dinero debajo de una piedra y nos dijeron que te esperaríamos en un cruce de caminos hacia El Ocaso. Es zona de campesinos productores de leche, clima frío, montañas y vegetación espesa de páramo. Esperamos toda la noche y nunca llegaste. Canales de comunicación rotos, ninguna posibilidad de contacto. Como tenía que trabajar regresé a Bogotá y el negociador se quedó en la zona tres días más, sin ningún éxito. Comenzó esa incertidumbre tan horrible, no podíamos ni siquiera vislumbrar qué

había pasado. Contacté todo tipo de gente, delincuentes, militares en uso de buen retiro y de mal retiro también. Desmovilizados, guerrilleros presos y nada. Nadie fue efectivo en responder, dónde te tenían y cómo. Cualquier información valía mucha plata, pero ninguna sirvió.

DIEGO

¿Cuándo fue eso?

RAMIRO

A los seis meses de tu secuestro. Antes no fue posible lograr ningún avance ni ningún tipo de negociación.

DIEGO

¿Seis meses? El primer año estuve en una zona tan caliente y húmeda, que la ropa nunca se secaba. Nunca me dijeron que hubiera alguna negociación en curso. *(Pausa. Se acuerda de algo importante)* Dos años después de mi secuestro me acuerdo porque fue la primera vez que trajeron una enfermera que hacía labores de médica, me movieron mucho. No estaba más de dos noches en un mismo lugar y caminaba tanto, que se me rompían las botas, se me hinchaban los pies y me desmayé más de una vez. Luego, estaba en zonas tan apartadas, que perdí la noción del tiempo... hasta que ya no supe si estaba en una realidad o en una pesadilla.

Diego se queda ensimismado, ajeno por completo a lo que le rodea. Ramiro trata de interesarlo en lo que dice.

RAMIRO

Buscándote, descubrí una zona grandísima por colonizar. Todo está por hacer en esa tierra tan fértil. Por allá no hay seres humanos, únicamente indios...

DIEGO (*irónico*)

¿Los indios no son seres humanos?... ¿Qué vienen siendo, entonces?

RAMIRO

¡Te volviste un resentido social! (*Cambia el tono a más amable*) Por lo menos conservas la ironía. Eso ya es algo.

Tras una pausa, Ramiro continúa lo que le interesa contar.

RAMIRO

Sentí mucho odio, muchas ganas de venganza, de buscar a los culpables y hacerlos pagar por tu secuestro. Por supuesto, cuando te liberaran y tu vida no corriera riesgo. Si el primer pago fue complicado y nos dejó sin fuerzas, ni ánimos, el segundo fue más traumático aún. Ya se había acabado toda tu plata, Pilar estaba en la ruina y yo, bueno... afortunadamente me nombraron Viceministro de Infraestructura.

Diego no parece escucharlo. Mira en torno suyo como si no reconociera el lugar en el que se encuentra.

DIEGO

¿Yo qué hago aquí?

RAMIRO

¡Diego!

Diego reacciona, vuelve en sí.

DIEGO

Sí, que te nombraron Viceministro. ¡Chévere! ¡Felicidades!

RAMIRO

Ya no soy Viceministro.

DIEGO

Ah... ¿y qué haces ahora?

RAMIRO

Descansa y hablamos después...

Diego no hace caso del consejo.

DIEGO

¿Viceministro de Infraestructura? ¡Buenísimo!

RAMIRO

Ahora soy contratista del Estado. Tengo una compañía que hace obras de infraestructura, carreteras, escuelas, acueductos... Tengo 20 empleados de planta y 50 satélites. Me va súper bien.

Se inhibe de seguir hablando de sí mismo, observa a Diego tratando de saber si está en sus cabales o no.

RAMIRO

Solo tengo unos cuantos pesos trabajados limpiamente. En realidad, lo que gano se va en impuestos y en generar empleo, entonces las ganancias no son tantas. Por otra parte, el orden público disminuye la confianza inversionista y eso es lo más grave. ¿Cómo atraer socios inversionistas con tanto terrorismo? ¡Imposible! Cuéntame, cómo es tu cautiverio, (se corrige) cómo fue. Cómo es que lograste salir libre, así, sin ninguna negociación ni rescate.

DIEGO *(se encoge de hombros con gesto ambiguo)*

Atrapado con jóvenes de gatillo fácil, con suficiente adrenalina como para gastar un cargamento de mu-

nición por día. Solo una vez vi a un comandante y le exigí que negociáramos mi libertad. Me dijo que era al ritmo de ellos, que cuál era mi afán. Y se fue, nunca más lo volví a ver, ni a ese ni a ningún otro comandante.

Ramiro recibe una llamada, se disculpa y se aparta unos pasos para poder hablar tranquilamente. Diego se hace el desentendido, pero es evidente que lo escucha con atención.

RAMIRO

¿Quién metió mano ahí? Ajá... Ese verraco sí que me debe favores a mí. Yo me encargo de ponerlo a hablar en voz baja. "No te amargues primo, haz tu contravía. 20% pa ti, 20% pa mí y el resto pa los pelaos...".

Corta la comunicación y se disculpa.

RAMIRO

No me puedo desconectar del trabajo, mucha gente depende de mí. Lo siento.

Diego lo mira burlón, no le cree nada.

DIEGO

¿Te hiciste rico con utilidades del 100% en cada contrato tumbando a todo el mundo? No me extraña, tienes el perfil para eso. Detestas cualquier tipo de opinión que difiera de la tuya y desde la sombra finanzas políticos que cuando salen elegidos, te dan contratos. *(Irónico)* Lo único que te falta es que finanzas grupos de limpieza social.

Ramiro tiembla de la indignación, golpea la mesa con el puño y se le acerca amenazante como si quisiera golpearlo.

RAMIRO

¡A mí me respetas! ¿De dónde sacas eso?

DIEGO (*sarcástico porque sabe que acertó*)

¡Ah, es mentira! Una vulgar calumnia de mi parte.

RAMIRO

La plata que he hecho me la he ganado trabajando honestamente. Me gasté una fortuna tratando de liberarte y me vienes a salir con calumnias y frases de propaganda de terroristas. No has debido regresar, ¿a qué? ¿A hacernos sentir culpables porque seguimos adelante con nuestras vidas? ¡Malagradecido!

DIEGO

No trates de limpiar tu mala conciencia acusándome de malagradecido.

Ramiro se calma, trata de retomar el control de la situación.

RAMIRO

Baja la voz, hombre. Nos pueden escuchar los vecinos.

DIEGO

¿Por qué? ¿Tienes mucho que esconder?

Ramiro acusa el golpe, pero trata de no descomponerse. La ironía de Diego lo descompone.

RAMIRO

Se pueden enterar de tus secretos y eso no conviene. Te mirarán distinto, empiezan a hacer preguntas inconvenientes y tu dolor se vuelve un espectáculo público.

Se sienta, se calma y lo mira más tranquilo.

RAMIRO

Discúlpame, me sacaste de casillas. No quise decir nada de eso. Tú eres mi hermano. Lo que necesites, lo que quieras, cuenta conmigo para lo que sea. Háblate con Ernesto Villamizar en el ministerio, él te puede asignar un par de buenos contratos.

Diego no parece escucharlo. Ramiro continúa su relato, insistente.

RAMIRO

Nos decían: "Según tenemos estimado, por sus capacidades económicas, consideramos una colaboración razonable de 700 millones de pesos". Me sorprendía que supieran absolutamente todo de nosotros, cuentas, negocios, rutinas. No eran atarvanes ni chafarotes, muy puntuales, como hablando de cualquier mercancía en proceso de venta. No regateaban, eran obstinados y precisos. Manejan información privilegiada y la compartimentan. Nadie sabe más de la misión que les toca. Nunca se ha recuperado plata de un secuestro. Nunca han fracasado cobrando un secuestro. Lo saben hacer, tienen una cadena de mando, absolutamente vertical. Son muy astutos y tienen contactos en todas partes.

DIEGO (*irónico*)

¡Los admiras!

RAMIRO

¡No! ¡Los detesto! Si por mí fuera, que los maten a todos antes de nacer. ¡¿No los detestas tú?! Te robaron seis años de tu vida y nos obligaron a enterrarte con unos restos que no eran tuyos.

DIEGO

¿Y convertirme en un trofeo de guerra que se pueda exhibir? ¡No, gracias! No les voy a dar el gusto de morirme de odio.

Ramiro se desconcierta con esta reacción, pero continúa.

RAMIRO

Según nos dijo inteligencia, tu segundo secuestro se dio porque cuando te dejaron libre, te capturaron unos desmovilizados que se volvieron a movilizar. Fueron ellos quienes nos entregaron tus restos mortales.

De nuevo entra una llamada, pero a otro celular de Ramiro. (Tiene dos). Se disculpa con un gesto.

RAMIRO

Señor General Mantilla, pláceme saludarlo. No se preocupe, ese proceso se puede dilatar, con ese testigo, yo me puedo ir lanza en ristre contra ese señor y ahí lo tenemos un tiempo de juzgado en juzgado, mientras encontramos la manera de solucionar el impase. El dinero por la diligencia hecha ya está listo. *(Corta la comunicación. Se disculpa con Diego)* Trabajo... es imposible desconectarse.

Ramiro le entrega unos tiquetes y un pequeño fajo de dólares.

RAMIRO

Creo que necesitas descanso, playa, sol, mujeres... lo que quieras. Yo te acompañaría, pero, por un lado, no puedo y por otro, es bueno para ti que estés solo. Después vemos si lo mejor es que te vayas del país un tiempo. Me preocupa mucho tu seguridad.

Diego se indigna y no lo acepta.

DIEGO

No quiero tu lástima y mucho menos dinero mal habido. Te aprovechaste de mi secuestro. Sacaste

dinero del que pedían por mí y lo sumaste a la cifra que ellos pedían para que nadie te pidiera cuentas. Cuando supiste de mi muerte, te apresuraste a liquidar propiedades con el cuento de que estabas ayudando a Pilar.

RAMIRO

¡Eres un paranoico y un malagradecido! Hicimos todo lo que pudimos para salvarte la vida, incluso vendí el apartamento del Centro y ahora que estás libre no te lo estoy cobrando. La negociación con esos criminales no fue nada fácil, perdí tiempo, plata, y tú ni siquiera me das las gracias. Vienes a escupir odio y resentimiento y a exigir cuentas.

Ven llegar a Milena, que aparece silbando una canción, y se callan.

RAMIRO

¡Esta fiesta está buenísima! Comenzaron a llegar las putas.

Diego no puede evitar reírse. Milena busca a Camachito; como no lo ve, hace bocina con las manos, e imita la voz de Camachito.

MILENA

¡Hanny!

Ramiro no le presta atención, concentrado como está, en cada una de las actitudes de Diego a lo que él dice.

RAMIRO

Tú sabes que a Camachito siempre le han gustado ese tipo de viejas. Después de tanta prueba y error, al fin encontró su media naranja.

Milena se detiene a mirar a Diego como si se le hubiera olvidado algo importante y se lo dice como si nada.

MILENA

Yo de usted me hubiera suicidado, yo no sería capaz de soportar tanto dolor. Debe ser muy raro sentirse resucitado, ¿no? Aunque por otro lado ¡chévere! Es como volver a nacer. Se puede quedar en la casa el tiempo que quiera, usted es el mejor amigo de mi marido. Lo que se le ofrezca, con mucho gusto.

Ramiro no soporta a Milena, usa el diminutivo de forma despectiva.

RAMIRO

"Milenita", en este momento lo único que se le ofrece es que usted se quede callada.

Milena se pone firmes y hace un saludo militar.

MILENA

Sí, patrón, como *sumercé* ordene.

Con un gesto, indica que cierra la boca como si fuera una cremallera y se sienta, como si la hubieran regañado.

RAMIRO

¿No va a decir nada, "Milenita"? ¡No le creo! Usted es incapaz de aguantarse un minuto de silencio.

MILENA

No, nada. Estoy regañada y no pienso cambiar esa condición así me maten.

Se sienta, pone los codos sobre las rodillas y la cara sobre las manos abiertas.

RAMIRO

"Milenita", su "Hanny" no va a venir por ahora. Esta-

mos en una charla privada, (con un chasquido de los dedos le indica la salida) ¡No estorbes! Hasta para eso se necesita un poquito de clase. Así sea “clase económica”.

Ríe burlona como si hubiera cometido una falta, con un gesto de la mano indica que le pone llave a la cremallera en la boca. Luego, esa llave imaginaria se la lanza al público, al que mira con un gesto desafiante, se encoge de hombros y se va, contoneando las caderas. Diego habla para nadie, como un lamento.

DIEGO

Cardozo en Anzoategui.

RAMIRO

¿De qué hablas?

Con un gesto, Diego le resta importancia al hecho. Escucha la risa de Antonia. Duda si la escuchó o no.

DIEGO

¿Hay alguien ahí? ¿Quién es?

No encuentra a nadie. Prende una linterna y alumbra los lugares oscuros. Sin apagarla, guarda la linterna en un armario. Luego se desplaza al extremo del escenario. A medida que avanza, las luces pierden intensidad hasta que se convierte en una sombra.

Ramiro lo mira con tristeza, se estremece por un sollozo, incluso llora. No podemos saber si finge o es verdad. Entra Camachito, viene muy contrariado. De inmediato, Ramiro se recompone y logra recuperar su fortaleza habitual.

CAMACHITO

Creo que, con el dolor de mi alma, me voy a tener que convertir en viudo.

RAMIRO

¿Está jodiendo mucho?

CAMACHITO

¡Demasiado! Sobre todo, cuando se emborracha, se vuelve de un sapo, insoportable. Me da susto que se vaya de la lengua.

RAMIRO

¿Qué tanto sabe?

CAMACHITO

No mucho. No pasaría de un escándalo, pero sin calamidades jurídicas. Yo le aviso si necesito quedarme viudo.

La ironía de Ramiro es una clara desaprobación y amenaza.

RAMIRO

Me preocupa mucho usted, Camachito. No controla sus emociones y su mujer lo altera con facilidad.

Se quedan callados y sorprendidos al ver entrar a Pilar, a quién evidentemente no esperaban. Camachito y Pilar no se soportan y no lo disimulan. Se miran con bronca.

PILAR

Sacaste provecho del secuestro de Diego. Jamás fuiste claro y cuando te hacía preguntas puntuales, te molestabas. En el momento del dolor y la angustia, uno no ve esas cosas, pero con la perspectiva que da el tiempo, todo encaja, el dinero que nunca devolviste, la declaración de quiebra de la familia donde el único que no quebró fuiste tú. La celeridad con los restos de Diego para enterrarlo rápido y luego, el completo desentendimiento de nosotras.

Solo volviste a aparecer cuando conocí a Jaime a hacerme reclamos por olvidar tan fácil a Diego. ¿Por qué? Porque sabías que estaba vivo.

RAMIRO

Voy a tratar de ignorar tus insultos y calumnias para darle a esta charla un tono propositivo. Estás delirando y eso te hace ser embustera. ¿Por qué no te hiciste cargo tú? ¡Porque no eras capaz! Yo no soy quién para juzgarte, por eso dejé que hicieras tu vida. Me entregaron unos restos calcinados por un bombardeo. Te ahorré el espectáculo de lo que eso significa. Me sacaron pruebas de sangre para comprobar el ADN de los restos que me entregaron y se confirmó plenamente. ¿Por qué habría yo de dudar de una prueba científica?

Pilar se queda sin argumentos. Su ira inicial disminuye.

PILAR

¿Quién puede tener tanto poder y dinero para mantener una mentira como esa? ¿A quién le sirve?

RAMIRO

Si lo liberaron después de pagar dos veces por su rescate y luego, cuando ya lo enterramos, lo liberan como si nada, cagándose la vida de Diego, son capaces de cualquier cosa.

PILAR

Me dijiste que habías hablado con Diego porque te lo pasaron al teléfono, en una de las negociaciones. Pero Diego nunca habló contigo.

RAMIRO

¡Qué se va a acordar! ¿Viste el estado en qué lo devolvieron? Confunde la realidad real con la

realidad que tiene en la cabeza. En vez de andarme culpando de cuanto se te ocurre, deberías hacer algo por él. En lo que dependa de mí, no lo voy a abandonar, sigue siendo mi hermano.

PILAR

¿Cómo está?

RAMIRO

No muy bien. Es mejor que no lo veas hasta que el siquiatra nos dé las recomendaciones a seguir.

Con un gesto le indica que se acerquen a mirarlo, allá, entre sombras, en el extremo del escenario. Diego, ajeno por completo a lo que pasa en el lado derecho del escenario donde están Ramiro, Camachito y Pilar.

PILAR

¿De quién son los restos que enterramos como si fuera Diego? Se deberían desenterrar y entregárselos a la familia que corresponde...

RAMIRO

Eso es obligación de la fiscalía, no de nosotros... (Persuasivo, gentil) Pili... tú ya tienes una vida, la que quieres, ¿por qué la vas a poner en riesgo? Tienes que ir a diligencias judiciales, seguramente confrontar a la prensa, si esta historia llega a los medios. ¿Y para qué? Yo me encargo de poner el caso en la fiscalía, que es lo que tanto te preocupa, y en cuanto a Diego, le voy a ayudar a encontrar una nueva vida.

Diego intenta hablar por teléfono, marca una y otra vez, con desespero. Pilar observa a Diego, conmovida. Se tapa la boca para ahogar un sollozo. Ramiro saca de un bolsillo el diagnóstico médico.

RAMIRO

(Lee el diagnóstico médico) Diego no puede sostener una conversación fluida, permanece demasiado tiempo en silencio y con la mirada perdida. Le molestan los colores del televisor y la luz eléctrica. No soporta ninguna clase de ruido, quiere estar solo y encerrado. Le tiene terror a las multitudes, los colores y los sonidos lo atormentan. Odia el arroz, el plátano y los frijoles, lo único que comió durante estos seis años. Los truenos lo asustan, era la amenaza de tormenta en la selva. Los helicópteros lo aterran, es señal de bombardeos. Se despierta varias veces en la noche, sobresaltado. Mira en torno suyo, descubre que está libre y se ríe con lágrimas. Se toma una copa y vuelve a dormirse. Se impacienta cuando la gente se le acerca demasiado. El contacto físico con las personas le cuesta mucho. Se siente invadido. Se volvió insomne, duerme a las horas menos esperadas y por cortos períodos de tiempo. A lo sumo dos horas en la mañana, al comienzo de la tarde o al comienzo de la noche.

PILAR *(a Camacho. Molesta)*

Creo que usted, el de ahora, es la persona menos indicada para ver a Diego.

CAMACHITO

Conmigo no se desquite que yo solo vine a ayudar.

PILAR

Sería de mucha más ayuda si no se involucra.

CAMACHITO

Yo no sé cuál es su bronca conmigo, pero...

Ramiro interviene, como una orden perentoria.

RAMIRO

¡Camachito!

Eso indica, cállate, y efectivamente Camachito se queda en silencio. Ramiro, en tono conciliador, lleva a Pilar a la salida.

RAMIRO

Yo veo a Diego muy dolido, muy débil, muy enfermo. Lo primero es restringirle las visitas, incluidas las de Camachito. Dejémoslo que reaccione y diga qué quiere hacer con su vida.

PILAR

Aunque no esté presente, quiero estar enterada de qué hace y qué le pasa a Diego. ¿Vale? ¡Por lo menos me debes eso!

RAMIRO

Sí, por supuesto.

Pilar quisiera quedarse, pero opta por irse. Se quedan solos.

CAMACHITO

¿Así o más insoportable?

Regresan al punto inicial, en el extremo derecho del escenario.

CAMACHITO

¿Cómo es posible que Medicina Legal haya determinado que el montón de huesos que entregaron era Diego?

RAMIRO

La familia tenía que acabar cuanto antes con tanto sufrimiento y con tanta incertidumbre, hacer un duelo y seguir viviendo.

Camachito, como si descubriera un secreto vergonzante o una debilidad en alguien que nunca lo tiene, se da ínfulas con un toque de superioridad perversa.

CAMACHITO

¿Compraste el dictamen, cierto?

Cuando Ramiro utiliza diminutivos, tiene un tono irónico, muy despectivo.

RAMIRO

Camachito, ninguna marca de ropa te va a volver igual que nosotros. Conserva el escalón en el que te pusimos y no pretendas subir más, sin autorización. No te permitimos tener iniciativa, más allá de lo que nos conviene.

Se retiran en silencio, sin mirarse, como cada quién por su lado. Diego enciende una vela y la porta, mientras camina y busca a alguien con la mirada. Más que llamarla, parece un lamento.

DIEGO

¡Antonia!

Se detiene desconcertado, estaba seguro de haberla visto. Se sienta, se agarra la cabeza con las manos y murmura algo incongruente. Reacciona como si se hubiera acordado de algo, agarra la vela encendida y sin apagarla, la guarda en la nevera o en el armario, donde hay una linterna encendida. Cierra el armario y permanece de pie, inmóvil, sin saber qué hacer. La luz desaparece progresivamente.

Escena 4

Jaime (el marido de su mujer)

Una luz indirecta nos permite ver a Diego y a Jaime sentados tomando café.

DIEGO

¿Cómo vamos a seguir esta charla? Nos agarramos a trompadas, nos echamos bala...

JAIME

Soy malo para el boxeo y nunca he disparado un arma. Cuando me gradué, nos agarramos a golpes con un compañero de estudios por una mujer. Tenía dos novios y ninguno de los dos sabíamos de la existencia del otro. Hoy es mi mejor amigo. A ella no la volví a ver, pero sé que es una neuróloga muy prestigiosa.

Diego se ensombrece y retoma la conversación que los convoca.

DIEGO

Fue mala idea ver a Valentina. No solo no me reconoció, sino que me tiene miedo. ¡Le causo terror!

JAIME

Cuando te secuestraron, ella era una bebé, cómo quieres que te recuerde. Dale tiempo, Pilar también necesita tiempo, pero sobre todo tú necesitas tiempo para aceptar tu nueva realidad. Me costó mucho tener una mujer y una hija y no las voy a arriesgar por ningún motivo.

Diego está muy dolido, al borde de la depresión. El encuentro con su hija lo dejó devastado.

DIEGO

Tenemos sueños que nunca se cumplen, aunque sigamos soñando.

Jaime no sabe a qué se refiere.

JAIME

¿Qué quieres decir?

DIEGO

Evitaba mirarme, como si yo no existiera.

Jaime lo observa tratando de entender lo que suena como una incoherencia. Diego está sumido en sus más profundas sensaciones.

DIEGO

Después entendí que les tenían prohibido hablar con los secuestrados. Aunque no me miraba y respondía con monosílabos a mis preguntas, noté que cuando estábamos cerca, su respiración se agitaba. Era muy arisca con sus compañeros, casi antipática pero muy efectiva en lo que hacía porque le tenían respeto. No tendría más de 25 años, pero parecía que hubiera vivido otros 25. Segura de sí misma, autónoma, autosuficiente. Nunca inclinaba la mirada como las otras chicas, siempre altiva, tenía un toque de gallardía que la hacía encantadora. Sentía que la conocía de mucho tiempo atrás. Me daba confianza, me generaba complicidad. Era sensual sin esforzarse. Tenía un toque de melancolía que realzaba su belleza, como las mujeres que han vivido intensamente. Me daba la sensación de ser alguien que venía de un sueño, como si se hubiera escapado de las páginas abiertas de un libro de ficción que el viento movió al azar para darle vida. El momento exacto no lo recuerdo. Me descubrí en sus brazos como un sueño del que no quería despertarme

jamás. Nuestro tiempo era prestado, cada minuto podría no repetirse y morir ahí para siempre. Sin tiempo para contarnos cosas inútiles, su piel era un paisaje inagotable. Jamás me habló de lo que hacía, pero sí de lo que iba a hacer. Buscar una segunda oportunidad en este mundo de mierda. Una lluvia de balas y bombas cayó sobre el campamento, sin que todavía sepa cómo es que me salvé. Desde donde estaba no podía ver nada, pero sí oír todo. Gritos de gente muriendo y llanto de gente que no se quería morir. Me arrastraron hasta una cueva llena de murciélagos. Los sentía volando alrededor de mi cara, emitían unos sonidos que daban escalofríos. Con una antorcha que alguien encendió, pudimos espantarlos y llegar a un claro en el bosque donde lloviznaba como lágrimas. Entonces escuché su voz en un susurro de entusiasmo: vamos a ser papás. Me debí quedar pasmado porque ella me repitió lo mismo dos veces. Entonces reaccioné y solo se me ocurrió decirle: "ayúdanos a salir de acá". Me respondió riéndose, con esa risa tan suya que contagiaba y que cuando estaba solo, me hacía reír al recordarla. Se despidió con un beso tan prolongado que casi nos descubren. Esa noche hice todo lo posible para no dormirme, atrapado como estaba, en el torrente de imágenes de las que se componía nuestro futuro incierto.

Jaime lo escucha con interés, no interviene.

DIEGO

Nos descubrieron y nos separaron. Oía su risa alejarse. Con amor y angustia, me aferraba a esa risa como se aferra uno a las cosas frágiles y que están condenadas a desaparecer. Intercedí por ella, pero no me hicieron ningún caso. Nunca más la volví a ver. Escuché diferentes versiones, que la fusilaron, que la obligaron a abortar y murió, que dio el hijo en adopción a unos indígenas y la trasladaron a uno

de los frentes en el otro extremo del país. Entre más intento saber de ella, más versiones encontradas obtengo. Me angustia saber qué le pasó y si, en efecto, tuvo el bebé o no, y dónde está ahora. Caí en una depresión tan fuerte, que me negué a comer y me les quería morir. Me obligaron a comer y me dieron tratamiento médico. Mientras la esperaba, aferrado a una posibilidad incierta, escribí unos poemas muy sentidos, pero en una huida de los helicópteros que nos bombardeaban, las hojas se dispersaron por la selva y nunca las pude recuperar. En libertad intenté reescribirlos, pero ya ni ganas ni memoria tengo.

JAIME

¿Hace cuánto pasó?

DIEGO

Dos años.

JAIME

El mismo tiempo que llevo con Pilar.

Diego sonríe con tristeza por esta coincidencia.

JAIME

¿Qué esperabas encontrar? Digo, no sabías que te habían enterrado y que Pilar se había casado...

DIEGO

A Pilar esperándome, supongo. Resarcir el dolor es egoísta, pensaba que si ella había sufrido tanto como yo, su sufrimiento aplacaría el mío. Claro que le iba a contar de Antonia... *(Pausa)* No podía con tanto dolor, con tanta muerte cerca, en el aire, en el agua, en todo. Detestaba a la humanidad, creía que éramos la peor especie, sin redención, incapaces

de tener un lugar en el mundo sin destruir a los demás. No sé si Antonia es el amor de mi vida o el gran amor en cautiverio, pero sí sé que fue quien me ayudó a volver a creer en la vida. *(Le cuesta lo que sigue)* Muchas veces del cansancio, me caía de cara al suelo y me levantaba lleno de barro sin que a nadie le importara. Desde el primer día quería fugarme, fantaseaba con mi libertad todos los días. Pero esos planes de fuga eran imposibles de aplicar en la realidad.

Diego cae de nuevo en una de esas ausencias en que se desconecta de la realidad inmediata. Mira a Jaime como si apenas lo descubriera ahí sentado junto a él, sin ninguna razón.

DIEGO

¿Quién me dijiste que eras tú?

La pregunta es absurda, pero Jaime ni se ríe ni la cuestiona. Decide seguirle el juego, si es que lo es.

JAIME

Jaime Carrasco...

DIEGO

Ah ya, sí. El marido de mi mujer.

Diego niega con un gesto, recobrando la conciencia del absurdo que acaba de decir.

JAIME

Exmujer... yo soy el marido ahora.

DIEGO

Y el papá de Valentina, que también soy yo, sí. *(Suspira cansado)* A veces me doy cuenta de que

voy caminando sin razón alguna y no recuerdo nada de los últimos cinco minutos, como ahora.

JAIME

Y va a seguir pasando hasta que te ocupes en algo que te ayude a construir vida, a retomar tu profesión y echar raíces en alguna parte.

DIEGO

Se me pierden las fechas, las horas. Hablaba con los árboles y a veces con las piedras. Había un árbol de mango con el tronco lleno de cicatrices: disparos con armas de fuego, proyectiles incrustados en la corteza y hundimientos en la madera provocados por cuchillos y machetes, como heridas que no le iban a sanar jamás. Lo llamé "Mateo", el nombre que le iba a poner a mi segundo hijo. Mateo me permitía hablar largamente para que no se me olvidaran las palabras. Me gustaba oírlo, las ramas se agitaban con el viento y así me hablaba. A veces en voz baja, cuando la brisa le movía las hojas y cuando llovía, gritaba con gusto. Un día lo cortaron para hacer una canoa y ya nunca más volví a tener amigos.

JAIME

La canoa es libre, puede ir a donde quiera.

DIEGO

Sí, siempre y cuando la pongan en el agua. *(Pausa)* Antes de mi liberación, me pareció verla entre un grupo de guerrilleros encapuchados.

JAIME

¿Cómo sabías que era ella?

DIEGO

Porque era la única a la que se le reflejaba en la cara que ya había perdido cualquier tipo de esperanza.

JAIME

¿Y si estaba encapuchada, cómo podías ver eso?

DIEGO

Para confirmarme que era ella, puso sus manos en diagonal sobre el pecho, para que yo pudiera verlas, y en el último momento se armó de valor, se destapó un momento la capucha, no había ninguna duda. Era ella. Me fui corriendo detrás, escuché unos disparos que no dieron en mi cuerpo, vi luces moradas y de varios colores. Cuando volví a tener conciencia de mí, estaba en una hamaca, con fiebre, vendas y viendo todo borroso.

Como si estuvieran de acuerdo, hay una pausa, para que Jaime hable, como si fuera un turno asignado.

JAIME

No te alcanzas a imaginar lo difícil que es pelear contra un fantasma. No sientes celos, sientes impotencia, te desborda, te apabulla, entras en el terreno de la comprensión y ni aun así es suficiente. No le puedes pegar, no lo puedes insultar, no es un enemigo de carne y hueso, está en la cabeza y en el corazón de tu mujer. *(Pausa)* Al comienzo de nuestra relación se despertaba llamándote; después, tuvimos que eliminar ciertas costumbres gastronómicas, bebidas, restaurantes, bares y evitar la zona de la ciudad donde vivieron ustedes. A veces me quedaba mirándola sin que ella se diera cuenta, estaba retraída, melancólica, sé que estaba pensando en ti y que le hacías mucha falta. Un día no aguanté más y le puse un ultimátum: o aprendes a vivir con ese fantasma sin que me afecté a mí y a nuestra relación o me largo.

DIEGO

¿Y?

JAIME

Me fui a un hotel un fin de semana. Pilar vino a buscarme y desde entonces hasta ahora, chao fantasma. Valentina sufría a su manera las depresiones de Pilar. Se subió de peso, pero se aficionó a nadar. No solo le sentaba bien, sino que logró que Pilar volviera a nadar y a controlar mejor sus estados de ánimo. (*Rememora con entusiasmo*) Cuando la conocí, estaba llorando. Sin histeria, con mucho dolor, como cuando se llora por algo muy profundo. Le ofrecí una copa que la calmó. Me dio las gracias con una sonrisa que le iluminó la cara y pude constatar cuánta belleza había en ella. Tres días después, cuando nos despegamos para respirar, me contó que venía de tu entierro. En vez de alejarme, que era la primera y más fácil opción, decidí quedarme, que era la segunda y más difícil opción. Yo venía de una relación de mierda, y lo más digno que hice conmigo mismo fue separarme. Todos alguna vez hemos estado mal casados.

DIEGO

No es mi caso, Pilar era una mujer muy especial.

JAIME (*corrigiéndolo*)

¡Es! ¡Es una mujer muy especial!

DIEGO (*asiente, sorprendido de haber dicho, era*)

¿Todavía, cuando amanece de malas pulgas, se calma con el primer sorbo de café?

JAIME

¡¿Café?! ¡No! Pilar no toma café. Desde que la conozco toma té.

Diego se entristece sumido en sus pensamientos.

JAIME

¿Qué quieres hacer? (*Corrigiendo*) ¿Qué quieres que hagamos?

DIEGO

Estoy asustado de mí mismo. Tengo miedo de no poder enfrentar mi miedo. Pero no quiero intentar huir más. Es como estar rodeado por las babillas, con sus ojos luminosos y al acecho, a punto de saltar sobre mí para devorarme.

Jaime lo mira un instante y decide contarle algo íntimo.

JAIME

En mi época más dura y difícil, estaba en misiones médicas en zonas donde la peor enfermedad, incontrollable e incurable, es la pobreza. Te preguntas por el sentido de la vida, si vale la pena seguir haciendo lo que uno sabe hacer. No había las más mínimas condiciones de trabajo. Sentía rabia e impotencia. Tuve que ponerme anestesia o no hubiera soportado tanto dolor ajeno. Hay un momento en que los criminales, muriéndose, incluso los suicidas, respiran algo de vida, como si el cuerpo se negará a morir del todo. Y así me sentía, quería establecerme en algún lugar, echar raíces y fue cuando apareció Pilar. Ahora trabajo en Salud Pública.

Recibe un mensaje en su celular, lo lee, es hora de irse. Le da un par de palmadas en el hombro como despedida y se retira.

JAIME

Cuando me necesites, pasa por mi consultorio o llámame. No te demores en decidir qué hacer para aceptar tu nueva realidad, tienes el tiempo en contra.

Diego le agradece con un gesto de asentimiento. Al quedarse solo,

Diego se incorpora y camina hacia el centro del escenario. Se detiene al ver pasar a Antonia con capucha, tal y como se la describió a Jaime. Ella cruza las manos en diagonal sobre su pecho para que pueda reconocerla. Luego, abre un poco la abertura de la capucha para que reconozca su sonrisa. Antonia desaparece en la oscuridad, Diego mira a un lado y otro, sin verla. Mira el teléfono, no le dan ganas de llamar, se aleja hacia el fondo y se pierde de vista.

Escena 5

Marcela (la sobrina)

Marcela entra. Se quita los tenis, embarrados y deshechos. Luce agotada. Ramiro la observa fijamente. Se acerca sin que ella se dé cuenta.

RAMIRO

¡¿Otra vez con los hijueputas pobres?! Tienen las cabecitas llena de bazuco y prefieren chapotear en las aguas empozadas de las calles que en el agua limpia que se les ofrece. ¡Y a ti eso te parece una maravilla!

Marcela asiente burlona.

MARCELA (irónica)

¡Claro que me parece maravilloso! No entiendo por qué a ti no.

RAMIRO

Vienes hecha mierda, pierdes el tiempo y no ganas nada.

A Marcela le encanta sacarlo de casillas. Se pone una mano en la cintura en actitud altanera.

MARCELA

Si puedo ayudar, no veo por qué no hacerlo.

RAMIRO

¡¿A cambio de qué?! Los pobres que adopta tu mamá en navidad se sienten muy agradecidos con los regalos por el resto del año. ¿Por qué no haces lo mismo?

MARCELA

Mi mamá dice “mis pobres”, como si los hubiera comprado o los hubiera heredado. Eso es caridad y limosna y no sirve.

RAMIRO

No pareces hija mía, ¿de cuándo acá resultaste samaritana? Sor pobre... Sor güevona, más exactamente.

Marcela se tapa los oídos con las manos.

MARCELA

Blablablá...

Ramiro se aleja refunfuñando.

RAMIRO

No entiendo esa debilidad malsana por los pobres.

MARCELA

La misma debilidad malsana que tienes tú por la plata.

Ramiro se devuelve hasta ella, indignado. Marcela ni se inmuta.

RAMIRO

¿De qué vas a vivir?

MARCELA

De la fortuna que tú me vas a dejar. Ya te dije que voy a hacer una maestría en administración de herencias.

Marcela desaparece hacia el fondo donde se cambia de ropa. Ramiro hace un gesto displicente con la cabeza, avanza hasta primer término y se dirige al público. Procura serenarse, pero su respiración agitada rompe el ritmo de sus palabras.

RAMIRO

Hice una prueba de ADN y sí, es hija mía. Tenía la esperanza secreta de que no lo fuera para poderla abandonar; en una de esas era hija del chofer o de algún guardaespaldas, pero no, es hija mía 100%. He consultado siquiátras, sicólogos, hasta un espiritista y nada. ¡Es así! Hay adicciones a las drogas, al sexo, al dinero y a los pobres. Que es el síndrome que padece mi hija. La odio por momentos y antes de que la odie del todo, la voy a mandar a Europa el próximo año a que viva allá, si no quiere hacer nada, por lo menos que esté alejada de los pobres.

La luz que incide sobre Ramiro desaparece y el escenario se ilumina para descubrir a Diego, que llega de correr, cansado pero contento. Marcela viene a su encuentro.

MARCELA

¡Me encanta que te sientas vivo!

DIEGO

Siento que nada me apasiona, como si me hubieran extirpado la sensibilidad. Como si después de recibir tantos golpes, uno más no se nota demasiado y no hace más daño.

MARCELA

No es cierto. No hubieras salido a correr, ni escucharías música. El otro día te vi, pero no te interrumpí porque estabas llorando.

Le despierta simpatía, le gusta esta forma de ver las cosas.

DIEGO

Solo eliges los mejores momentos e intentas embellecer los que fueron muy duros y hasta lo más elemental, parece hermoso.

MARCELA

¿Te acuerdas que me lo regalaste?

Le entrega un pingüino de peluche. Diego lo reconoce y sonrío.

DIEGO

Hace seis años...

MARCELA

A mí me sirvió de compañía todo este tiempo. Ahora te lo regalo para que te sientas acompañado.

A Diego le gusta este gesto y acaricia el pingüino como si fuera una mascota.

MARCELA

Me gustan los pingüinos. Tienen responsabilidad compartida, manifiestan el amor de forma concreta y tienen una solidaridad a toda prueba. Mientras crecen, duran cinco años en el fondo del mar y no se sabe mucho más de ellos. Me gusta que sean misteriosos... como nosotros. Nadie sabe cómo clasificarlos ni en qué lugar de la zoología humana ponerlos.

Diego sonrío y afirma con un gesto.

MARCELA

¿Quién es Antonia, con la que tanto deliras?

Diego se emsombrece, por un instante quiere contarle, pero se arrepiente, no se siente capaz.

MARCELA

¿La dejaste ir?

Diego es incapaz de responder, ni siquiera con un gesto.

MARCELA

Después de todo lo que has perdido, ¿no vale la pena que la busques, que te arriesgues? ¿Qué tal que funcione?

Le muestra una foto.

MARCELA

Mi novio, un freak sin aparente gracia. Apenas puede pronunciar palabra.

Diego mira la foto y le gusta.

Diego (*imitando a Ramiro*)

“Mi amorcito, ese tipo tan raro no te conviene”.

Ella se encoge de hombros despreocupada.

MARCELA

Yo sé, pero me gustan así, incomprensidos y atormentados. Y que no puedan hablar para poderles decir todo tipo de barbaridades sin que tengan derecho a réplica. Soy goda de la cintura para arriba y demócrata de la cintura para abajo.

DIEGO (*ríe divertido*)

No te pareces ni a Ramiro, ni a tu madre.

MARCELA

¡Afortunadamente! Me parezco a ti y eso me gusta.

DIEGO

¿Qué te gusta? Digo, en la vida.

MARCELA

Aparte de hacer rabiar a mis papás, me gusta rumbiar y nada, vivir. Las conversaciones con mis papás son de la cintura para arriba.

DIEGO

¿Y de la cintura para abajo?

MARCELA

Con mis amigas. Nada del otro mundo. De hecho, muy de este mundo, hombres y nenas, porque hay unas que, bueno, mejor ni te cuento.

DIEGO

¿Con tu mamá te llevas bien o tampoco?

MARCELA

Ya sabes cómo es mi mamá. Mujer de un solo hombre, mi papá es su único tema y no tiene vida propia. Me molesta que nunca se haya revelado contra eso, tan sumisa, tan resignada. Solo compra cosas inútiles y admira a mi papá con una admiración enfermiza, como si fuera un dios. Le encanta tener escoltas, le fascina ir a todas partes con servidumbre para que a los sitios donde llegue, la gente se dé cuenta de que ella es importante, pero no puede sostener una conversación más de tres minutos si no habla de plata y el protagonista es mi papá. *(Pausa)* Desde hace unos tres años, comenzamos a tener choferes y escoltas para todo. Mi mamá le puso como condición a mi papá que los escoltas fueran negritos porque si eran medio blanquitos, la gente los podía confundir con alguien de la familia y ella no quería pasar vergüenzas. Me dio tanta piedra que un día le

dije que me encantaban los negros, peleamos, tuvo que ir a terapia y nada, nos soportamos apenas. A mi papá lo oyes desvariar sobre los mismos odios, una y otra vez. No lo soporto cuando está con Camacho, siempre tienen un enemigo que hay que exterminar y ellos son las víctimas.

Diego reflexiona sobre cada cosa que ha dicho Marcela, está encantado con su mirada de la vida.

DIEGO

¿Qué vas a hacer en Europa?

MARCELA

Ponerme de parte de los inmigrantes.

Diego ríe y le da un beso en la cabeza.

MARCELA

Estudiar, por supuesto.

Diego se ensombrece por lo que se le acaba de pasar por la cabeza.

DIEGO

La gente cambia tanto, que lo hace a uno dudar de la poca cordura que pueda tener.

MARCELA

¿Lo dices por Camachito?

DIEGO

Sí, especialmente por él.

MARCELA

No me acuerdo de cuándo acá cambió tanto, si desde que se casó o desde antes, pero me acuerdo de

que no volvió a ser el mismo desde el día que estaba con mi papá y de pronto le dio un ataque de risa, incontenible, le temblaban las manos y no podía articular palabra. Tuvieron que llamar una ambulancia y llevarlo a un hospital. Lo sedaron, durmió un día entero y se despertó distinto, así como es ahora.

Marcela lo mira como indagándolo, queriendo llevarlo a que cuente más de él.

MARCELA

Acompañé a Pilar a las marchas, llorábamos juntas. Cada historia de secuestrados era peor que la anterior. La gente mira al secuestrado y a los familiares de los secuestrados como si fuéramos una enfermedad de la que no quisieran contagiarse. Una vez llegamos a un lugar donde decían que habría una liberación de secuestrados. Cuando llegamos, el sitio ardía en llamas, sin que nadie pudiera explicar por qué. Nos quedamos absortas mirando las llamas hasta que se convirtieron en cenizas, después, una oscuridad tenebrosa, ni siquiera podíamos vernos y eso que estábamos abrazadas. La lluvia apareció como si el cielo llorara por nosotras, y como si estuviéramos de acuerdo, nos quedamos bajo la lluvia hasta que escampó. *(Pausa)* Adoro a Pilar, es como mi verdadera mamá y Jaime es un bonito. Valentina es mi hermanita y ella me siente como su hermana mayor. Tiene lo mejor de ti y lo mejor de Pilar y de Jaime. Le gusta payasear. Tiene de ti eso de andar burlándose de todo.

Diego la abraza y luego se ensombrece. Marcela no se puede contener, es lo que quiere contarle y lo hace.

MARCELA

Cuando vi a Jaime con Pilar, ella sonreía. No me acuerdo haberla visto reír antes. Recobró la alegría,

se volvió más activa, más bonita también, volvió a nadar. Nadamos juntas siempre, y ahora nadamos con Valentina. *(Pausa. Toma aire y sigue el impulso)* La ansiedad por tu liberación, la primera vez, te teníamos una fiesta preparada. Los segundos eran como minutos, entraba una llamada y brincábamos, timbraban y las dos corríamos a abrir. Los minutos se volvieron horas, el silencio era tan denso que no hablábamos, podíamos escuchar cómo respirábamos. Las horas se volvieron días, pero no llegaste. Tan solo llegó mi papá, con la mala noticia de que no te habían liberado. Los días que siguieron, mi papá estaba de mal genio por cualquier cosa, yo no podía salir sola y hasta para ir a donde Pilar me acompañaba un guardaespaldas. Luego, nadie hablaba del tema, como si te hubieras convertido en un fantasma. Las marchas eran lo más triste del mundo, ella y yo, frente al Palacio de gobierno, sin que nadie nos pusiera cuidado. La gente que pasaba nos gritaba: *(hace bocina con las manos)* "eso es culpa de la guerrilla, vayan a protestarle a ellos en vez de andar haciendo escándalo viejas hp". Eso y cosas peores, con mucho odio. Teníamos que hacer oídos sordos para que no nos afectara, porque a muchos les pasó que se encerraron derrotados, deprimidos y se les acabó la vida.

Observa a Diego para saber si sigue contando lo que quiere. En efecto, Diego está atento, le pide con un gesto que siga.

MARCELA

Tú entierro fue muy discreto, nadie lloraba, ya habíamos llorado lo suficiente. Pilar quedó tan maltrecha, que cada vez que iba a verla, yo generalmente iba todos los días, estaba tirada en la cama sumida en la tristeza y la depresión.

Ahora es ella la que lo abraza.

MARCELA

De todo este horror me queda tu sentido del humor y tu alegría. No te mates solo poco a poco. Busca a Antonia y si ya no la encuentras, búscate otra Antonia, otra Pilar, otra mujer que sea capaz de ver lo bonito que eres. No abundan, pero sí hay, si miras bien.

Diego sonríe apesadumbrado, le cuesta creer esto último.

MARCELA

¿Te acuerdas de qué fue lo último que hicimos antes de tu secuestro?

DIEGO

Fuimos a comer helado.

MARCELA

¿Quieres uno?, yo te invito.

Diego asiente con entusiasmo.

MARCELA

¿Te puedo seguir viendo? ¿No me vas a castigar por tener los papás que tengo y porque Pilar está bien casada?

DIEGO

¡Claro que nos vamos a seguir viendo! Quiero recuperar mi risa.

Salen. El escenario queda vacío un instante, mientras las luces aumentan de intensidad sobreiluminando todo. Llegan Ramiro y Camachito. Se sientan, como si fuera necesario para la charla que deben tener. Están muy acelerados.

RAMIRO

¿Por qué no lo liberaron cuando pagamos las dos veces que lo hicieron? ¿Por qué ocultaron que estaba vivo? ¿Por qué lo liberaron sin ninguna explicación lógica? Lo hice seguir, se ve con gente rara con la que discute, se calma y terminan de amigos y, además, les da plata. Siempre se ven en sitios raros, cafeterías o bares de mala muerte. Llega a un sitio, lo llaman por teléfono y se van para otro. Los teléfonos a los que llama son robados o de llamada única, imposibles de rastrear. Anzoategui y Cardozo no existen. Son palabras clave, lenguaje cifrado. Un experto en seguridad me dice que la frase "¿qué se sabe del embarazo?" quiere decir secuestro. Los tipos le responden que tienen que consultar con las dos llaves. "Las dos llaves", ¿sabes qué significa? Usted y yo. Nos van a secuestrar, Camachito, para eso lo liberaron. Para hacernos inteligencia y descubrir nuestras propiedades.

Diego me hace acordar de Bruno. ¿Se acuerda de Bruno?

CAMACHITO

¡Inolvidable! Solo le faltaba hablar.

RAMIRO

Cuando ya se acercaba el final, no comía, no se mantenía en pie, vivía echado con la mirada triste. Lo llevé al veterinario y me dijo que era irreversible. Decidimos aplicarle la inyección para liberarlo del sufrimiento. El médico me tranquilizó diciendo que era como quedarse dormido. Le aplicó la inyección, yo lo agarré de una mano y le di las gracias por ser tan buena mascota. Me miró con una tristeza y de pronto se quedó rígido, con los ojos cerrados.

Camachito se enjuga una lágrima con el recuerdo, genuinamente conmovido.

CAMACHITO

Sí, que Diego no sufra. Que no sufra más.

RAMIRO

Te ahorro los detalles, pero será como un crimen cometido por los secuestradores y caso cerrado. Prepárate para el verdadero funeral de Diego y que podamos llorarlo como corresponde.

Salen en silencio. En el escenario vacío aparece Antonia buscando a Diego, decepcionada de la búsqueda, se sienta a esperarlo. Las luces se van apagando una a una, sin que ella pueda evitarlo a pesar de buscar desesperadamente los interruptores.

ANTONIA

Diego... Si nos perdemos, si no me vuelves a ver, averigua por mí en la Ye, que allá sabrán darte razón. Municipio de Cardozo, río Anzoategui. Perdí el camino, me extravié de la ruta como si caminara entre brumas.

Las luces desaparecen y todo queda oscuro. Antonia no está en ninguna parte.

Epílogo

Entran todos los personajes, desorientados, dando tumbos y tropezando con muebles a su paso y chocándose entre ellos, como sonámbulos. (Como Diego en el prólogo) Al verlos, Diego intenta retirarles los obstáculos para que no tropiecen. La más sonámbula es Antonia, llega a una cama ubicada en el extremo del escenario y cae allí, de bruces. (Como Diego en el inicio)

*El escenario se oscurece por completo y aparecen muchos puntos luminosos, como los ojos de las babillas al acecho. Se escuchan sonidos de ciudad, tráfico, voces. **(Los ojos de las babillas entre el agua, como los que muchas veces vio en su secuestro)** Diego avanza por entre los ojos de las babillas, hacia el fondo del escenario, pero ya no le da miedo, a lo sumo, un poco de incertidumbre, siguiendo un pensamiento interior y que no sabe si es de angustia o tranquilidad.*

TELÓN

Este libro se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2016

En los talleres de la Imprenta Nacional de Colombia

Se utilizaron las fuentes:

Avenir Medium - créditos

Avenir Ligh Bold - títulos

Avenir Book - contenido

Impreso en papel propalcote de 240 g la carátula

Propalibro 75 g páginas internas